REALMENTE EL PARAÍSO
Crónica fiel, honesta y republicana de un servidor de la nación que llegó al lugar que mereció
EL PUEBLO PRIMERO
AMOR CON AMOR SE PAGA
SERVIDOR DE LA NACIÓN
TREN MAYA
AGENDA
SALUD PARA EL PUEBLO
TRABAJO DIGNO
EDUCACIÓN QUE LIBERA
CULTURA QUE DIGNIFICA
CONSULTA POPULAR: ¡VOLUNTAD UNÁNIME!
"Yo siempre supe que moriría en algo del movimiento." Morir siendo útil. Morir con la chamarra puesta." Y así fue."
LOS ENEMIGOS DEL PUEBLO
EL PARAÍSO QUE NO SE VE
LOS GRANDES DEL MOVIMIENTO
LA PRENSA LIBRE DE LA PRENSA
NOTICIA OFICIAL
CORRUPCIÓN
SEGURIDAD PÚBLICA
SERVIDOR DE LA NACIÓN
LA NOCHE DEL ALMA REPUBLICANA
VERDAD OFICIAL
CERTIFICACIÓN OFICIAL DEL TESTIMONIO
APROBADO
SALVADOR RANGEL ABUD

REALMENTE EL PARAÍSO

Crónica fiel de un hombre justo en el Paraíso Verdadero

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Bonifacio Ordáz Enríquez, coordinador de gestión territorial y militante de cuatro décadas, muere en el descarrilamiento del Tren Maya mientras viaja a pronunciar un discurso sobre bienestar espiritual comunitario. Al cruzar la puerta monumental de concreto aparente que reza *Paraíso de la Cuarta Transformación — Inauguración: Fase 1 de 47*, cree haber recibido el premio que mereció. Lo que encuentra es un sistema perfecto: formularios con vigencia de setenta y dos horas, indicadores siempre en verde generados en sótanos sin letrero, consultas populares que producen invariablemente el noventa y siete punto tres por ciento, una Mañanera Eterna donde los periodistas llevan siglos con la mano levantada sin que nadie les conceda la palabra, y en el centro de todo, en una sala del tamaño de un departamento, el rostro verdadero del Profeta. Narrada en primera persona por el propio Bonifacio con fe genuina que se erosiona con la precisión de quien documenta su propia comprensión, esta novela de humor negro político es la historia de un hombre que construyó el infierno creyendo que construía otra cosa, y que descubre demasiado tarde —y con toda la claridad del mundo— que ser inocuo es el castigo más perfecto que un sistema puede imponer a quien lo sirvió con devoción.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene sátira política de humor negro que retrata, mediante recursos alegóricos y personajes de ficción, los mecanismos del autoritarismo burocrático, la manipulación de masas, la supresión del pensamiento crítico y la corrupción institucional. Algunos lectores pueden reconocer en sus páginas situaciones, estructuras y lógicas propias de regímenes y movimientos políticos reales. Esa es la intención. El autor no promueve violencia de ningún tipo ni dirige acusaciones a persona física identificable. Los personajes son arquetipos construidos para ilustrar mecanismos, no individuos. La novela contiene escenas de muerte, descripciones de sistemas de vigilancia y control, y una visión sostenida del absurdo burocrático como forma de sufrimiento. Se recomienda a lectores con alta sensibilidad política o vínculos de identidad fuertes con los movimientos aludidos que procedan con la apertura que toda buena ficción merece.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Nacido en México y radicado en Xalapa, Veracruz,

combina su práctica profesional en el campo de la salud pública con una prolífica actividad literaria que abarca géneros tan diversos como la novela histórica, la ficción política, la narrativa genealógica y la sátira social. Es autor de más de doscientas dos novelas publicadas. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

---

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: La gloria eterna de la Cuarta Transformación. Crónica fiel de un hombre justo en el Paraíso Verdadero

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela de humor negro político / Sátira / Ficción alegórica

Estructura: Nota preliminar del editor celestial + Prólogo + 15 capítulos + Epílogo

Extensión aproximada: 35,000 palabras

Idioma: Español

País de origen: México

Primera edición: 2025

Licencia: Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que me parecía más interesante que la denuncia directa: ¿qué pasaría si el infierno se describiera a sí mismo como Paraíso con toda la retórica del movimiento que lo construyó, y si esa descripción fuera tan fiel a su propio lenguaje que sus defensores pudieran leerla como elogio durante los primeros capítulos? La respuesta fue Bonifacio Ordáz Enríquez, un hombre que no es un tonto ni un malvado sino algo más difícil y más verdadero: alguien que creyó de verdad, entregó de verdad, y construyó con esa entrega algo que nunca fue lo que creyó que era. Su fe era genuina. El uso que se hizo de ella también. La distinción entre las dos cosas es, creo, el territorio donde vive la mejor literatura política: no en la denuncia sino en la comprensión, no en el juicio sino en la pregunta de cómo un pueblo llega a amar su propia jaula mientras la construye. Bonifacio no representa a nadie en particular. Representa a todos los que alguna vez entregaron algo verdadero a una causa que no lo mereció. Eso incluye, en mayor o menor medida, a casi todos nosotros.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Usted es libre de compartir, copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue el crédito apropiado al autor, no se utilice

con fines comerciales y no se generen obras derivadas. Para usos fuera de estos términos, contacte al autor en wrangel.1352@gmail.com

---

PALABRAS CLAVE

Humor negro político · Sátira mexicana · Autoritarismo burocrático · Populismo · Alegoría infernal · Novela de ideas · Crítica institucional · Ficción política latinoamericana · Cuarta Transformación · Paraíso distópico · Militancia y fe · Burocracia kafkiana · Identidad política · Memoria histórica · Narrador no confiable

---

TEMAS PRINCIPALES

La fe política como combustible que el poder consume sin devolverlo. La burocracia como mecanismo de tortura perfecta porque no requiere verdugo consciente. La diferencia entre hacer lo que el sistema requiere y ser lo que el sistema necesita. El lenguaje oficial como sustituto de la realidad. La consulta popular como simulacro de democracia. El arte al servicio del poder como oda sin pregunta. La identidad construida sobre una militancia como vulnerabilidad estructural. El duelo por los años entregados a algo que nunca fue lo que parecía. El espacio mínimo de lo que nadie puede quitarle a un hombre sin quitarle todo.

CITAS DESTACADAS

"Construimos el Paraíso convencidos de que construíamos otra cosa. Eso no nos absuelve. Nos explica. Y la explicación, a diferencia de la absolución, no nos devuelve nada. Solo nos muestra con precisión lo que entregamos y a cambio de qué." — Bonifacio Ordáz Enríquez, Capítulo 12

"El número real y el número verdadero no siempre son el mismo número." — Esteban, Coordinador de Verificación, Capítulo 4

"Una conferencia de prensa existe para que el poder responda preguntas que el poder preferiría no responder. Si la pregunta nunca se hace, no hay nada. Solo el monólogo del poder sobre sí mismo." — La periodista de la mano levantada, Capítulo 9

"El pájaro que canta lo que le piden no olvida cómo volar." — Cayetano, poeta del Paraíso, Capítulo 10

"Eres el tipo más interesante: el que construyó sin saber, dudó sin actuar, vio sin denunciar y llegó hasta aquí sin que yo lo trajera." — La figura de la Sala del Origen, Capítulo 14

COMPARACIONES LITERARIAS

El maestro y Margarita de Mijaíl Bulgakov, por el uso del fantástico político para retratar el poder totalitario desde adentro con humor y terror simultáneos. *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, por el narrador muerto que no sabe del todo que está muerto y que recorre un territorio que es a la vez

real y espectral. *1984* de George Orwell, por la arquitectura de un sistema que ha eliminado la posibilidad del afuera. *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez, por el retrato del poder absoluto como condición del paisaje más que como decisión de un individuo. *La fiesta del chivo* de Mario Vargas Llosa, por la disección del mecanismo del caudillismo latinoamericano sin concesiones al sentimentalismo. *El proceso* de Franz Kafka, por la burocracia como forma de existencia donde el propósito ha sido reemplazado por el procedimiento.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿En qué momento Bonifacio deja de ser víctima del sistema y se convierte en cómplice? ¿Existe esa frontera o es una ilusión que los participantes necesitan para sostenerse? ¿Qué diferencia a Bonifacio de los Ilustres del Salón? ¿Es esa diferencia suficiente para importar moralmente? La novela propone que el sentimiento de Bonifacio era genuino aunque el uso que se hizo de él no lo fuera. ¿Cambia eso su responsabilidad? ¿Puede un sistema ser tan vil si nadie en él tomó la decisión de serlo? ¿El espacio mínimo que Bonifacio encuentra al final es una forma de libertad o una forma de resignación disfrazada de dignidad? ¿Reconoce el lector en el Paraíso de la Cuarta Transformación estructuras presentes en otros sistemas políticos o en su propia experiencia? ¿Qué haría usted diferente si fuera Bonifacio? ¿Qué hizo diferente en su propia vida?

CÓMO CITAR

Rangel Abud, Salvador. *La gloria eterna de la Cuarta Transformación: Crónica fiel de un hombre justo en el Paraíso Verdadero.* Primera edición. Xalapa, México, 2025. Licencia CC BY-NC-ND 4.0.

OTRAS OBRAS

Entre las más de doscientas dos novelas publicadas por Salvador Rangel Abud destacan: *El último rojo del Soviet*, novela didáctica ambientada en la Cantina El Zar de la Roma capitalina; *Una España siempre en llamas*, novela coral que sigue a la familia Pereda Samaniego a través de un siglo de historia española; *Las voces de la razón*, ambientada en un seminario de La Sorbona; *La sangre del norte*, novela genealógica que traza el linaje del Barón Ferdinand von Wrangel hasta la familia Rangel Abud en Xalapa; *La república que pudo haberse sembrado*, novela histórica contrafactual centrada en Juárez y el mensaje de José María Mata de 1861; y *Esto es lo que hicimos de México*, novela coral en veintinueve capítulos sobre la historia nacional.

MENSAJE FINAL

Esta novela es un acto de fe en la literatura como el único espacio donde se puede decir la verdad completa sobre el poder sin que el poder pueda archivarla, clasificarla como inocua o requerir cinco documentos para

acceder a ella. Si usted llegó hasta aquí, ya tiene el documento más importante: el que el sistema no puede certificar ni modificar ni sellar con folio pendiente de asignación. Lo que usted entendió es suyo. Nadie puede tramitarlo por usted ni en su nombre. Guárdelo donde el Editor Celestial no pueda llegar, que es el mismo lugar donde Bonifacio guardó las preguntas que el Paraíso no podía responder. Ese lugar existe. Usted sabe dónde está.

ÍNDICE

PRÓLOGO: ***El último viaje / La primera muerte***

CAPÍTULO I: ***La bienvenida que merece el pueblo***

CAPÍTULO II: ***El alojamiento digno del pueblo justo***

CAPÍTULO III: ***La educación que libera (del pensamiento complejo)***

CAPÍTULO IV: ***El trabajo dignificante y su recompensa espiritual***

CAPÍTULO V: ***La salud que cuida al pueblo que cuida la salud***

CAPÍTULO VI: ***La gran obra que transformó el territorio sagrado***

CAPÍTULO VII: ***La consulta popular y la voluntad siempre unánime del pueblo***

CAPÍTULO VIII: ***Los enemigos del pueblo y su función necesaria***

CAPÍTULO IX: ***La prensa libre del pueblo libre de la prensa***

CAPÍTULO X: ***La cultura que dignifica y los artistas que sirven***

CAPÍTULO XI: ***El encuentro con los grandes del movimiento***

CAPÍTULO XII: ***La noche del alma republicana***

CAPÍTULO XIII: ***El descenso: lo que el Paraíso oculta bajo sus cimientos***

CAPÍTULO XIV: ***El rostro verdadero del Profeta***

CAPÍTULO XV: ***La eternidad como es: sin redención, sin final, sin olvido***

EPÍLOGO: ***Certificación oficial del testimonio***

NOTA PRELIMINAR DEL AUTOR

Esta novela es una obra de ficción satírica. Cualquier semejanza con personas reales, instituciones existentes, trenes descarrilados o paraísos prometidos es, naturalmente, pura coincidencia histórica, aunque en un mundo de ficción... todo puede suceder.

REALMENTE EL PARAÍSO

Crónica fiel, honesta y
republicana de un servidor de la
nación que llegó al lugar que mereció
Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

El último viaje / La primera muerte

Interior del Tren Maya, tramo Cancún-Palenque. Una tarde sin fecha precisa.

Yo siempre supe que moriría en algo del movimiento.

No lo pensé exactamente así mientras estaba vivo, claro. Uno no anda pensando en esas cosas cuando tiene la agenda llena, tres copias del discurso en el portafolios y la convicción íntima de que la historia lo está mirando.

Pero ahora que tengo el tiempo —todo el tiempo, el tiempo en cantidades que todavía me cuesta dimensionar— puedo ver con la claridad que solo da la distancia que efectivamente hubo en mí, desde muy temprano, una

especie de vocación martirial discreta. Morir haciendo algo del movimiento. Morir siendo útil. Morir con la chamarra puesta.

Cuando veo que la chamarra la tengo puesta…me alegro… Eso al menos salió bien.

El tren descarriló a las cuatro cuarenta y dos de la tarde, o eso calculé yo por la posición del sol sobre la selva yucateca antes de que todo se pusiera muy complicado de procesar.

Llevábamos dos horas y diecisiete minutos de retraso sobre el horario oficial, que a su vez llevaba cuarenta minutos de retraso sobre el horario original, que había sido ajustado tres veces desde la compra de mi boleto hacía seis semanas.

Yo lo había anotado todo en mi agenda. Los ajustes de horario no me molestaban: me parecían evidencia de una gestión dinámica y responsiva, de una institución que no se aferra burocráticamente a lo establecido sino que responde a las condiciones reales del territorio con flexibilidad republicana.

Así lo anoté, de hecho: *flexibilidad republicana*. Tenía el hábito de anotar las frases que me parecían útiles para futuros discursos.

El último discurso que pronuncié en vida fue en Mérida, ante cuatrocientas dieciséis personas según mi conteo personal, trescientas ochenta y dos según el conteo oficial, quinientas según el reporte que enviamos a la coordinación nacional. Hablé cuarenta minutos sobre la transformación del tejido comunitario en zonas de alta marginación histórica. Al final una señora se me acercó para preguntarme si yo era el que daba los apoyos del gran programa *“Sembrando Vida”* porque ella llevaba tres meses esperando respuesta a su solicitud. Le expliqué que eso era otra área, que yo era coordinador de gestión territorial en otro sector, que lo mejor era que fuera directamente a la oficina en el municipio correspondiente.

Me preguntó a qué hora atendían. Le dije que eso dependía, que lo mejor era llegar temprano. Se fue con cara de quien ya ha llegado temprano muchas veces.

No volví a pensar en ella hasta este momento, cosa que me resulta curiosa, ahora que lo pienso.

En el tren yo ocupaba el asiento 14-A, ventanilla, primera clase, logro que —como consigno con orgullo en mi memoria personal de estos hechos— obtuve tras cuatro años de gestión burocrática que incluyeron tres solicitudes formales, un recurso de revisión y una carta de apoyo del coordinador regional que finalmente nunca llegó pero que resultó innecesaria porque el sistema de asignación cambió de criterios en el ciclo anterior y de repente me correspondía por antigüedad de militancia.

La burocracia tiene esa virtud que pocos aprecian: si uno espera lo suficiente con la actitud correcta, el sistema eventualmente produce lo que uno necesita, no siempre de la manera prevista pero sí de alguna manera, aunque uno ya no lo necesite.

Mi vecino de asiento era un hombre joven, tal vez treinta años, con audífonos y una laptop con calcomanías de bandas que yo no conocía. No traía nada con el logo del movimiento. Lo miré un momento y decidí que era probablemente un técnico de alguna dependencia, de esos jóvenes que tienen habilidades específicas y que el movimiento supo integrar sin exigirles ideología porque la ideología no es para todos y eso también es una forma de inclusión.

Me pareció una reflexión madura de mi parte.

El discurso que iba a dar en Palenque era sobre los alcances transformadores del movimiento en materia de bienestar espiritual comunitario. Lo había preparado con cuidado durante dos semanas. Tenía una introducción con datos, un desarrollo en tres ejes temáticos y un cierre emotivo que hacía referencia a la infancia de un niño genérico de nombre compuesto —Juan Carlos, o Luis Ángel, no lo decidí hasta el último momento— que gracias a los programas del movimiento había podido quedarse en su comunidad en lugar de emigrar.

El niño no existía pero su situación era representativa de miles de casos reales, lo cual lo hacía, en términos de comunicación política, más verdadero que cualquier caso concreto con nombre y apellido, porque al ser genérico incluía todo lo que uno pudiera imaginar o creer que imaginó.

Llevaba el discurso impreso en tres copias. Una para el presídium, una para el archivo, una para mí en caso de que alguna se extraviara. Tenía además el archivo en el teléfono y en una USB que guardaba en el bolsillo izquierdo de la chamarra, junto a mi credencial de militancia, mi credencial de elector, mi tarjeta de presentación —*Bonifacio Ordáz Enríquez, Coordinador de Gestión Territorial, Servidor de la Nación*— y una estampa del Profeta que me dio una compañera en Oaxaca.

Dado que yo no era particularmente supersticioso, de momento no supe para qué me la dio, pero tampoco iba a desecharla porque el gesto había sido genuino y los gestos genuinos merecen respeto.

Llevábamos, digo, dos horas y diecisiete minutos de retraso cuando el tren empezó a comportarse de una manera que yo, en el primer segundo, interpreté como una irregularidad del sistema que el personal a bordo resolvería con prontitud. En el segundo número dos, interpreté como una frenada de emergencia tal vez relacionada con algún animal en la vía, cosa que había leído que ocurría en los primeros meses de operación mientras la fauna local se adaptaba a la nueva realidad ferroviaria. En el tercer segundo ya no interpreté nada porque el vagón hizo un movimiento que no correspondía a ninguna categoría de movimientos que yo hubiera experimentado previamente y que mi cuerpo, en su sabiduría animal más antigua que cualquier ideología, reconoció de inmediato como el tipo de movimiento ante el cual no hay gestión posible.

Hubo un ruido.

Luego otro ruido.

Luego un silencio que duró lo que dura un silencio cuando uno sospecha que es el último.

Luego, sin saber cómo sucedió, yo estaba de pie, en la vía, mirando el vagón volcado, y el joven de los audífonos estaba a dos metros de mí con la laptop partida en la mano y una expresión de incredulidad que yo quise compartir pero no pude porque en ese momento noté algo que tardé un tiempo irrazonable en procesar: que yo estaba de pie en la vía pero también estaba tendido sobre la vía, a unos cuatro metros de distancia, con la chamarra todavía puesta y una postura que no era la de alguien descansando sino la de alguien que ya no necesita postura para nada.

Me acerqué a mí mismo con la cautela de quien se aproxima a un documento importante que podría estar dañado.

Estaba dañado.

Intenté zarandearme el hombro. La mano no encontró resistencia. Intenté hablarme. No produje sonido. Intenté sentarme sobre mí mismo, lo cual fue una experiencia filosóficamente desconcertante que no sabría cómo describir con precisión excepto que al otro lado no había nada, o había algo que no era nada pero tampoco era la solidez que uno espera de sí mismo.

En ese momento debí haber llegado a la conclusión obvia. Me resistí. Soy hombre de procesos: antes de concluir, verifico. Busqué mi pulso. Busqué mi aliento sobre la palma de la mano. Busqué el movimiento del pecho. No encontré nada de lo anterior pero me dije que tal vez estaba en estado de choque y que el choque produce en el organismo fenómenos que la medicina convencional no ha documentado completamente, en especial cuando se trata de accidentes de alta energía cinética en contextos de nueva infraestructura ferroviaria.

Permanecí en ese estado de verificación razonable durante lo que calculo fueron veinte minutos, mientras alrededor de mí la gente gritaba y los primeros respondedores llegaban desde algún lugar y el joven de los audífonos encontraba a alguien a quien abrazar y yo seguía ahí parado junto a mí mismo sin poder hacer nada útil por primera vez en cuarenta años de vida pública.

Fue entonces cuando llegó la luz.

No era la luz que uno espera: no era blanca ni cálida ni venía de arriba con coros. Era una luz del color exacto de los espectaculares del movimiento. Guinda. Con letras blancas en una tipografía sans-serif que yo reconocería en cualquier contexto porque la había visto en miles de mamparas, miles de lonas, miles de folletos que yo mismo había supervisado en dos estados de la república.

Y la voz.

La voz tenía la cadencia inconfundible. La pausa dramática en el lugar correcto. El tono de quien no está hablando a una persona sino a la historia misma, que es más grande que cualquier persona y que sin embargo en ese momento inexplicablemente se estaba dirigiendo a mí.

—Ya llegaste, compañero —dijo la voz—. Ya estás en casa.

Sentí algo que, si hubiera tenido pecho, habría descrito como el pecho a punto de reventar de gratitud.

Esto, comprendí, era el premio. El Paraíso de la Cuarta Transformación. Lo que merecí.

Crucé la puerta.

Era de concreto aparente, monumental, con el logotipo correcto y un letrero que leí con la emoción que se reserva para los documentos fundacionales:

PARAÍSO DE LA CUARTA TRANSFORMACIÓN

Construido por el pueblo, en el pueblo y para el pueblo, sin intermediarios corruptos como en la época de los neoliberales.

(Inauguración: Fase 1 de 47)

Me detuve un momento ante el letrero.

Fase 1 de 47, pensé.

Qué ambición. Qué visión de largo plazo.

Entré.

CAPÍTULO 1

La bienvenida que merece el pueblo

Plaza de la Dignidad Republicana, Sector de Ingreso, Paraíso Verdadero.

Lo primero que me dieron fue un número.

No un nombre. No un abrazo. No una orientación sobre las instalaciones ni un mapa del territorio ni siquiera un folleto con información básica de bienvenida, que yo mismo había diseñado versiones similares en al menos cuatro procesos de incorporación de Servidores de la Nación y sabía perfectamente que no cuestan nada y que generan una impresión de orden y calidez institucional que vale mucho más que su costo de producción, que en todo caso debería ser mínimo si se imprime en las instalaciones de la coordinación con papel reciclado y tóner remanufacturado, como yo siempre sugerí y nunca me aprobaron por razones presupuestales que nunca quedaron del todo claras.

Me dieron un número.

El B-7,441,209.

Lo leí tres veces. Lo guardé con cuidado. Luego miré a mi alrededor buscando dónde se mostraban los turnos en atención, que en cualquier oficina de servicio al ciudadano medianamente organizada debería ser una pantalla visible desde todos los puntos de la sala de espera, con tipografía legible a distancia y contraste suficiente para personas con debilidad visual, requisito básico de accesibilidad universal que el movimiento había incorporado como principio en todos sus documentos rectores aunque su implementación práctica variaba considerablemente dependiendo del presupuesto disponible y de quién estuviera a cargo de la licitación correspondiente.

La pantalla existía. Mostraba el turno B-4,891,003.

Hice el cálculo. Guardé el resultado en la parte de mi mente donde guardo las cosas que procesaré más adelante cuando tenga más información.

La Plaza de la Dignidad Republicana era un espacio de dimensiones considerables —no pude establecer con exactitud sus medidas porque el horizonte en todas direcciones terminaba en una neblina institucional del mismo color guinda que la luz de bienvenida, lo cual le daba una sensación de amplitud sin límites que interpreté como metáfora arquitectónica de la vocación incluyente del movimiento— y estaba ocupada por una cantidad de personas que yo también guardé en la parte de la mente para procesamiento diferido.

Había filas. Filas largas, ordenadas, guinda en su mayoría por la coincidencia estadística de que buena parte de los presentes traían algo del movimiento puesto, lo cual me produjo una satisfacción cálida: morir con la chamarra puesta no era solo mi caso sino una tendencia. Éramos, en ese sentido, una comunidad coherente. Un pueblo que llega al más allá sin haberse quitado la identidad. Eso me pareció hermoso y lo anoté mentalmente para incluirlo en algún discurso futuro, antes de recordar que los discursos futuros tendrían que esperar a que yo resolviera algunos asuntos logísticos previos.

Me formé.

Delante de mí había un hombre de unos sesenta y cinco años con sombrero de palma y una expresión de paciencia infinita que sugería larga experiencia en la espera institucional. Le pregunté, con el tono de quien comparte trinchera, cuánto tiempo llevaba en la fila. Me miró con una amabilidad que tenía algo de compasión en los bordes.

—Tiempo —dijo— es una pregunta complicada aquí.

Le pregunté si había avanzado mucho desde que llegó.

—Avanzo —dijo—. Lo que no puedo decirte es hacia dónde ni a qué velocidad.

Consideré si esto era filosofía o información práctica y decidí que probablemente era las dos cosas y que de cualquier manera el avance era lo importante. El avance siempre es lo importante. Quien avanza, aunque sea despacio, llega. Eso lo aprendí en veinte años de militancia territorial y no había razón para que el principio no aplicara también en el Paraíso.

A mi derecha había una mujer de unos cuarenta años con la postura erguida y el gesto firme de alguien acostumbrada a exigir lo que le corresponde. Traía una carpeta bajo el brazo. Gruesa. Con separadores de colores. La reconocí de inmediato como una compañera de raza: el tipo de militante que documenta todo, que llega a cada reunión con evidencia, que no acepta un *ahorita lo revisamos* sin anotar la fecha y la hora y el nombre de quien lo dijo. Esos perfiles son invaluables en la operación territorial. Son también, hay que reconocerlo, difíciles de manejar en contextos donde la evidencia no siempre acompaña a la narrativa oficial, pero eso es una conversación más larga.

Me presenté. Se llamaba —se llama, los tiempos verbales en este lugar requieren ajustes que todavía estoy procesando— Hermenegilda Fuentes Bracamontes, maestra rural de Guerrero, militante desde 2006, muerta de un infarto en plena asamblea comunitaria mientras explicaba los beneficios del programa de becas para estudiantes de educación superior, lo cual yo consideré una muerte digna y le dije y ella respondió que digna sí pero que le hubiera gustado terminar la explicación porque quedó a la mitad y los asistentes nunca supieron lo del requisito del acta de nacimiento apostillada.

Le pregunté qué traía en la carpeta.

—Documentación —dijo.

—¿De qué?

—De todo —dijo—. Por si acaso.

Le pregunté por si acaso qué.

Me miró con una expresión que no supe leer del todo en ese momento pero que ahora, con más información, identifico como la expresión de quien sabe algo que todavía no quiere decirte porque no serviría de nada decírtelo todavía.

—Por si acaso piden documentación —dijo finalmente.

Avanzamos. Despacio, pero avanzamos.

A mi izquierda, algo más adelante en la fila, había un hombre de traje que se veía fuera de lugar no por el traje en sí —había varios trajes en la plaza, el movimiento nunca prohibió los trajes aunque los miraba con cierta reserva moral— sino por la manera en que lo traía puesto, que era la manera de quien no está acostumbrado a hacer fila y que cada tres minutos sacaba el teléfono, lo miraba, lo guardaba, lo sacaba de nuevo. Le pregunté a Hermenegilda quién era. Me dijo que había llegado antes que ella, que según entendió era empresario, que al parecer había donado una cantidad importante al movimiento en el último año de su vida y que llegó al Paraíso convencido de que eso contaba como militancia.

—¿Y cuenta? —pregunté.

—Eso —dijo Hermenegilda— es exactamente lo que está esperando que le digan.

Seguimos avanzando.

En algún punto —no puedo precisar cuánto tiempo después porque el tiempo en la Plaza de la Dignidad Republicana tiene una textura distinta al tiempo que yo conocía, más espeso, más circular, con la sensación de que avanzar y quedarse quieto producen resultados similares aunque no idénticos— llegué a la ventanilla.

Era una ventanilla estándar de atención al ciudadano, con vidrio y la ranura para pasar documentos y un letrero que decía *MÓDULO DE INGRESO TRANSFORMADOR — Atención con calidez republicana* y detrás del vidrio una figura que identifico, con cierta dificultad, como la versión celestial de un funcionario de ventanilla: sonrisa permanente, mirada sin profundidad

particular, uniforme guinda con el logotipo bordado en el pecho y una energía de quien lleva mucho tiempo siendo amable sin que la amabilidad le cueste nada porque hace tiempo que dejó de ser un estado emocional y se convirtió en una función.

—Buenos días —dije, porque me pareció lo correcto aunque no supiera si era de día.

—Bienvenido al Paraíso de la Cuarta Transformación —respondió la figura, con la entonación de quien ha dicho esa frase suficientes veces como para que las palabras ya no transporten significado sino solo forma—. ¿Su número de turno?

Le di el B-7,441,209.

Lo tecleó. Miró la pantalla. Lo tecleó de nuevo. Miró la pantalla con una expresión que no cambió en nada exterior pero que yo, hombre de ventanillas y de trámites, aprendí a leer hace décadas: era la expresión de la complicación inminente.

—Sus credenciales de militancia —dijo.

Las tenía. Llevaba conmigo, como siempre, mi credencial de militante activo con quince años de antigüedad, mis tres constancias de participación en procesos electorales, mi reconocimiento de Servidor de la Nación Comprometido del ciclo 2021, mi diploma del curso de formación política nivel intermedio y mi carta de presentación firmada por el coordinador regional, que en vida nunca me sirvió para nada concreto pero que yo conservé porque los documentos firmados por autoridad competente son activos, no sabe uno cuándo.

Los entregué todos por la ranura con la satisfacción del hombre preparado.

La figura los revisó. Los tecleó. Los miró. Los tecleó de nuevo.

—Hay un problema —dijo, con la misma entonación amable con que hubiera dicho *qué bonito día*.

Le pedí que me explicara.

—Sus credenciales son del sistema anterior —dijo—. El Paraíso migró al Sistema Integral de Validación Transformadora en el último ciclo administrativo. Los datos anteriores a la migración no son directamente compatibles. Necesitamos validar su perfil en el nuevo sistema.

Le pregunté qué requería eso.

—Un formulario —dijo.

Me dio el formulario. Era de tres páginas, tipografía pequeña, con treinta y siete campos numerados de los cuales dieciséis tenían asterisco de obligatorio y cuatro tenían doble asterisco que remitía a una nota al pie que explicaba que esos campos requerían documentación adicional disponible en la Oficina de Certificación de Autenticidad Transformadora.

—¿Dónde queda esa oficina? —pregunté.

—Sector 14 —dijo la figura.

—¿Cómo llego?

Me dio un mapa. Era un mapa bien impreso, a color, con el logotipo del Paraíso en la esquina superior derecha y una leyenda completa que incluía referencias para servicios, módulos de atención, áreas de descanso republicano y puntos de distribución de bienestar alimentario. Tenía escala. La escala decía *1:50,000* pero no especificaba si la unidad base era metros, kilómetros u otra unidad de medida local que yo todavía no conocía. El Sector 14 estaba marcado con un punto rojo en la esquina inferior izquierda del mapa. Yo estaba, según me indicó la figura señalando con el dedo, en la esquina superior derecha.

—¿Está lejos? —pregunté.

—A unos pasos —dijo la figura.

Miré el mapa. Miré la escala. Guardé la observación en la parte de la mente para procesamiento diferido, que para este punto ya estaba bastante ocupada.

—¿Y cuándo puedo regresar aquí con el formulario completo?

—En cuanto tenga los documentos del Sector 14 —dijo la figura—, regresa, llenamos el formulario, lo mandamos a validación y en el siguiente ciclo de procesamiento le damos respuesta.

—¿Cuánto dura un ciclo de procesamiento?

La figura sonrió con la misma temperatura constante de toda la conversación.

—Depende de la carga de trabajo del área —dijo—. Pero le puedo decir que el sistema funciona. Los trámites que entran, salen.

Me pareció una afirmación tranquilizadora. Los trámites que entran, salen. Eso era exactamente lo que yo había dicho durante años a los ciudadanos que llegaban desesperados a las oficinas de gestión territorial preguntando por sus solicitudes pendientes. Era bueno estar del otro lado y comprobar que el principio seguía siendo válido.

Tomé el formulario. Tomé el mapa. Le agradecí a la figura su atención.

—Que tenga un excelente proceso transformador —dijo la figura, y ya estaba mirando al siguiente de la fila.

Hermenegilda me esperaba a unos metros, con su carpeta bajo el brazo. Me preguntó cómo me había ido. Le mostré el formulario.

Asintió con la expresión de quien reconoce un territorio conocido.

—¿Tú ya hiciste esto? —le pregunté.

—Estoy en el tercer formulario —dijo.

Le pregunté qué había pasado con los dos anteriores.

—El primero tenía un error en el folio —dijo—. El folio del sistema nuevo tiene un dígito más que el folio del formulario que me dieron, que era del sistema anterior. Me dieron otro formulario. El segundo lo llené correctamente pero lo entregué en el módulo equivocado porque el mapa no especifica cuál de los dos módulos del Sector 14 es el que recibe este tipo de documentación. Me dijeron que fuera al otro. El otro estaba cerrado

por jornada de capacitación interna. Me dieron turno para el siguiente día hábil. Vine. Me dijeron que el formulario ya había vencido porque los formularios tienen vigencia de setenta y dos horas a partir de su emisión y habían pasado noventa y seis. Me dieron el tercer formulario.

Procesé todo eso.

—¿Y ahora? —dije.

—Ahora voy al Sector 14, módulo B, que es el correcto, con el tercer formulario, que llené anoche con toda la documentación en orden —dijo señalando la carpeta—, antes de que venza.

—¿Cuándo vence?

Miró su reloj, que seguía funcionando aunque ya no estaba claro para qué servía medir el tiempo aquí.

—En dieciséis horas —dijo.

—Entonces vamos —dije.

Me miró con algo que, de nuevo, estaba en el borde entre la amabilidad y la piedad.

—Tú todavía tienes que llenar el tuyo —dijo señalando mi formulario virgen.

Miré el formulario. Treinta y siete campos. Dieciséis obligatorios. Cuatro con documentación adicional. Setenta y dos horas de vigencia a partir de la emisión.

Busqué una superficie plana donde apoyarme para escribir. Encontré un módulo de información que nadie atendía pero que tenía un mostrador a la altura correcta. Saqué mi pluma —la traía en el bolsillo de la chamarra, junto a la estampa del Profeta y el USB con el discurso que ya no pronunciaría— y empecé a llenar el formulario con la caligrafía cuidadosa de quien sabe que los documentos bien presentados tienen más probabilidades de ser procesados sin contratiempos.

Campo 1: Nombre completo.

Bonifacio Ordáz Enríquez.

Campo 2: Fecha de nacimiento.

Campo 3: Fecha de fallecimiento.

Me detuve en el campo 3. Era la primera vez desde que crucé la puerta monumental que el asunto quedaba formulado así, en términos tan administrativos y tan definitivos. *Fecha de fallecimiento.* No *fecha de tránsito*, no *fecha de incorporación al Paraíso*, no ninguna de las perífrasis que uno imagina que usarían en un lugar como este. Simplemente el campo, el número, la fecha.

La anoté.

Campo 4: Años de militancia activa comprobable.

Seguí llenando. El formulario avanzaba. Afuera, la fila avanzaba. La pantalla marcaba el turno B-4,891,047.

En algún lugar sobre la plaza, los altavoces transmitían algo que tardé un momento en identificar porque el sonido llegaba mezclado con el murmullo de miles de voces en espera: era una voz. Una voz con cadencia conocida, con pausa dramática en el lugar correcto, hablando de algo que no alcancé a escuchar completo pero que tenía la estructura rítmica de siempre, el patrón de siempre, el tono de siempre.

Seguí llenando.

Campo 18: ¿Ha participado en algún proceso de consulta popular? Marque con X.

X.

Campo 19: Enumere las consultas en las que participó, fecha, sede y resultado de su voto.

Empecé a enumerar. Tenía buena memoria para esas cosas. Siempre la tuve.

Arriba, la voz seguía.

La fila seguía.

Yo seguía.

El Paraíso, comprendí con una satisfacción que todavía en ese momento era genuina, era un lugar donde las cosas seguían. Donde el proceso no se detenía. Donde había siempre un campo siguiente, un módulo siguiente, un ciclo siguiente.

Eso, para un hombre como yo, era exactamente lo que necesitaba.

Anoté el campo 20 con letra firme y pasé al 21.

CAPÍTULO 2

El alojamiento digno del pueblo justo

Unidad Habitacional Bienestar Pleno, Módulo 7, Paraíso Verdadero.

Me asignaron el departamento 7-C tras resolver el asunto del folio, lo cual requirió, en el orden que fui descubriendo por eliminación porque nadie me lo explicó de antemano, visitar primero la Oficina de Certificación de Autenticidad Transformadora en el Sector 14 módulo B, luego regresar al Módulo de Ingreso con los documentos adicionales, luego ir a la Subdirección de Validación de Perfil en el Sector 9 porque el Módulo de Ingreso no procesa directamente los casos con documentación del sistema anterior sino que los turna a Validación, luego regresar al Módulo de Ingreso con el sello de Validación, luego ir a la Coordinación de Asignación Habitacional en el Sector 3 con el formulario ya procesado, luego regresar a la Coordinación de Asignación Habitacional al día siguiente porque el sistema de asignación solo corre en el turno matutino y yo llegué a las tres de la tarde, luego presentarme en el turno matutino con el formulario que para ese momento tenía ciento cuatro horas de emitido y la vigencia era de setenta y dos pero la señorita de la ventanilla determinó, con una generosidad institucional que agradecí sinceramente, que el vencimiento

aplicaba para la fase de validación y no para la fase de asignación, que era otra etapa del proceso y por tanto otro reloj, y luego finalmente recibir la hoja de asignación, que decía departamento 7-C, Unidad Habitacional Bienestar Pleno, y que traía al reverso un mapa del complejo que era más detallado que el mapa general del Paraíso aunque tampoco especificaba la escala.

Siete oficinas. Cinco días. Un departamento.

Yo he tramitado escrituras de terrenos ejidales en Oaxaca que llevaron más tiempo y más oficinas. Guardé eso como perspectiva útil.

La Unidad Habitacional Bienestar Pleno era un conjunto de edificios idénticos de cinco pisos, concreto aparente, ventanas rectangulares de tamaño uniforme, accesos con rampa para personas con movilidad reducida que en dos de los tres edificios que pude observar terminaban en un escalón de unos doce centímetros de altura antes de la puerta, detalle que alguien había resuelto colocando una tabla de madera como rampa provisional que llevaba ahí, según me informó después un vecino, desde la inauguración. El logotipo del movimiento estaba pintado en la fachada de cada edificio en tamaño considerable y en buen estado, lo cual me pareció una señal de mantenimiento responsable porque en mi experiencia las instituciones cuidan primero la imagen exterior y el interior varía, pero el exterior en buen estado es siempre mejor que el exterior descuidado.

Subí al tercer piso por las escaleras porque el elevador tenía un letrero que decía *EN MANTENIMIENTO* con fecha de inicio del mantenimiento que correspondía, según mis cálculos, a varios meses antes de mi llegada. Las escaleras estaban limpias. Eso también lo anoté mentalmente como positivo.

El departamento 7-C tenía puerta metálica color guinda, cerradura funcional y un felpudo en el que se leía *BIENVENIDO, PUEBLO*. Abrí con la llave que me habían dado en la Coordinación de Asignación, que era una llave física de las antiguas, con dientes, lo cual me pareció una elección soberana y anticolonial frente a las tarjetas magnéticas que son tecnología importada y generan dependencia de proveedores externos.

Adentro: sala-comedor de dimensiones suficientes para una mesa pequeña y dos sillas, que estaban. Cocineta con una hornilla, fregadero, alacena vacía. Cuarto con cama individual, colchón firme, sábana, frazada doblada al pie. Baño con regadera, lavabo, sanitario, toalla. Ventana en el cuarto que daba a la ventana del departamento de enfrente, que era el 7-D del edificio B, exactamente igual al mío en espejo, con la misma distribución, las mismas proporciones, la misma sábana doblada visible a través del vidrio porque nadie había corrido la cortina todavía o quizás no había cortina todavía en ese departamento como tampoco había en el mío, lo cual era un pendiente que anotaría para gestionar en el momento apropiado.

Me senté en la cama.

El colchón era firme, efectivamente. Muy firme. De una firmeza que en términos de descanso es discutible pero que en términos de carácter republicano comunica algo importante sobre la relación del movimiento con

la comodidad excesiva, que es una trampa del consumismo que adormece la conciencia política y distrae al pueblo de sus objetivos históricos. Yo dormí siempre en colchones más bien duros por convicción, no por austeridad, aunque la austeridad tampoco me parecía mal como principio orientador.

Estuve ahí sentado un momento, sin hacer nada, que es algo que yo hacía raramente en vida y que aquí se presentó de manera natural porque no había agenda, no había teléfono con notificaciones, no había nadie esperando nada de mí en lo inmediato. Fue una sensación extraña. No desagradable exactamente, pero extraña. Como el silencio entre el final de un discurso y el inicio del aplauso, ese instante de vacío donde uno no sabe todavía si el aplauso vendrá.

Golpearon la puerta.

Abrí. Era una mujer de edad imprecisa —aquí la edad es aún más imprecisa que el tiempo, he notado, porque la gente llega de distintos momentos de su vida y no parece seguir envejeciendo pero tampoco parece exactamente como cuando murió, hay algo en los rostros de los habitantes del Paraíso que sugiere una larga relación con la espera— con un mandil y una expresión de bienvenida que tenía la calidez específica de quien genuinamente quiere que uno esté bien pero que también ha aprendido que querer que uno esté bien y poder hacer algo al respecto son cosas distintas.

—Soy Consuelo —dijo—. Vivo en el 7-A. Bienvenido al edificio.

Le agradecí. Me preguntó si necesitaba algo. Le dije que me vendría bien saber algunas cosas prácticas del lugar. Me invitó a pasar a su departamento, que era idéntico al mío excepto que llevaba más tiempo habitado y por tanto tenía esa personalidad acumulada que los espacios adquieren con el tiempo: una planta en la ventana que crecía hacia el único ángulo donde llegaba algo de luz, fotografías pegadas en la pared con cinta adhesiva, un mantel bordado sobre la mesa, libros apilados en un rincón.

Consuelo me ofreció té. Tenía una tetera y hierbas en una bolsita de plástico que me dijo conseguía en los puntos de distribución de bienestar alimentario cuando había, que no siempre había pero cuando había ella guardaba para las semanas en que no había.

—¿Con qué frecuencia hay? —pregunté.

—Varía —dijo—. Según el ciclo de distribución. El ciclo de distribución varía según la disponibilidad de la cadena de suministro celestial, que a su vez depende de factores que la coordinación no siempre comunica con anticipación. Uno aprende a tener reservas cuando puede.

Tomé el té. Era de hierbas indefinidas pero caliente, que en ese momento era lo que importaba.

Me habló del edificio. Éramos, según su recuento, dieciséis departamentos en el 7, de los cuales doce estaban ocupados, tres estaban vacíos por razones administrativas que nadie había explicado con claridad y uno —el 7-F— llevaba sellado desde antes de que ella llegara con un letrero que

decía *EN PROCESO DE REGULARIZACIÓN* y que ella ya no miraba porque había aprendido que hay cosas que conviene no seguir mirando.

Le pregunté cuánto tiempo llevaba en el edificio.

Miró la planta de la ventana.

—La planté cuando llegué —dijo—. Ya la he podado tres veces.

No insistí en traducir eso a unidades de tiempo convencionales.

Me habló de los vecinos. El señor del 7-B era un ex funcionario de nivel medio que coleccionaba los comunicados oficiales del Paraíso porque decía que algún día serían documentos históricos y los guardaba en cajas que ya ocupaban la mitad de su sala. El del 7-D era un joven que había llegado muy joven y que no recordaba bien las circunstancias de su llegada y que había aprendido a no hacer preguntas porque las preguntas, me explicó Consuelo bajando levemente la voz sin que hubiera nadie más en el departamento, quedaban registradas en el expediente.

—¿Qué expediente? —pregunté.

—El que llevan de cada uno —dijo—. No lo vemos, pero existe. O eso dice el señor del 7-B, que sabe de estas cosas porque fue funcionario.

Le pregunté si eso le preocupaba.

Me miró con la misma expresión de borde entre amabilidad y piedad que Hermenegilda me había dirigido en la plaza.

—Ya no —dijo—. Uno llega preocupado y luego aprende que la preocupación es una forma de energía que conviene invertir en otras cosas. En la planta, por ejemplo.

Miré la planta. Crecía torcida hacia la luz, con esa determinación silenciosa de los organismos que no tienen más opción que buscar lo que necesitan en el único ángulo donde existe.

Me hablé de las normas del edificio. El agua funcionaba en horarios establecidos: de seis a ocho de la mañana y de seis a ocho de la noche, con variaciones ocasionales por razones de soberanía hídrica que la coordinación comunicaba con una anticipación de entre cero y cuatro horas dependiendo del ciclo. La hornilla de la cocineta producía una llama de tamaño variable porque el suministro de gas venía de la Refinería Bienestar, que estaba operando al 94% de capacidad según los informes oficiales pegados en el pasillo, aunque la llama en la práctica sugería un porcentaje algo menor, al menos en ciertas horas del día. Los informes se actualizaban cada ciclo y siempre decían 94%, lo cual era o bien una coincidencia estadística notable o bien una convención de redacción que había adoptado la coordinación y que yo, por el momento, no tenía elementos para cuestionar.

—¿Y si uno necesita más agua o más gas de los que hay? —pregunté.

—Uno gestiona —dijo Consuelo—. Hay un formulario para solicitar suministro adicional por necesidad comprobada. Lo tramitas en la Subdirección de Recursos Materiales en el Sector 11. Tarda entre dos y ocho ciclos en resolverse. Mientras tanto, uno se organiza.

—¿Y si es urgente?

—Hay un procedimiento de atención urgente —dijo—. Requiere otro formulario. Ese tarda menos, entre uno y tres ciclos. Pero tiene una definición muy específica de urgencia que no siempre coincide con lo que uno entiende por urgencia.

Le pregunté cuál era la definición oficial de urgencia.

Fue al cajón de la mesa, sacó una hoja impresa, la leyó en silencio un momento y me la pasó. La definición ocupaba cuatro párrafos con tres cláusulas condicionales y una nota al pie que remitía al Reglamento Interno de Gestión de Recursos del Paraíso, edición vigente, disponible en la Oficina de Información Pública del Sector 2 en horario de atención de martes a jueves de nueve a once.

Guardé la hoja. Era el tipo de documento que conviene tener.

Esa noche, en mi colchón firme como la voluntad del pueblo, escuché el edificio. Escuché sus sonidos: una tubería que protestaba en algún piso superior, pasos que iban y venían en el departamento de arriba con la cadencia de quien no puede dormir o de quien ya no necesita dormir pero tampoco sabe qué hacer con ese tiempo vacío, el viento —si era viento, aquí no siempre era fácil determinar el origen de los sonidos— contra la ventana que no tenía cortina.

Y entonces empezaron los altavoces.

No esperaba que fueran tan cerca. En la plaza los había escuchado de lejos, como fondo. Aquí había uno en el pasillo del edificio, según pude determinar por la dirección del sonido, y transmitía con la claridad suficiente para que cada palabra llegara completa al interior del departamento.

La voz era la misma de siempre. La cadencia, la misma. La pausa dramática, en el lugar de siempre.

Hablaba de los adversarios. De la transformación. De los datos que lo confirmaban todo. De su infancia en Tabasco, que yo había escuchado narrar tantas veces que podía anticipar los momentos clave: el río, el padre, la revelación temprana de que el pueblo merecía justicia. De los logros del periodo. De la grandeza que vendría.

La escuché con los ojos cerrados y sentí algo que reconocí: era la sensación de las asambleas nocturnas de los primeros años, cuando uno llegaba cansado y la voz lo reanimaba, cuando uno dudaba y la voz le devolvía la certeza, cuando el mundo parecía complicado y la voz lo simplificaba en una narrativa donde todo tenía sentido y lugar y dirección.

Me dormí con esa sensación. O entré en el estado equivalente al sueño que aquí reemplaza al sueño, que no es exactamente lo mismo pero cumple una función parecida, excepto que uno no descansa del todo y amanece —o regresa a la vigilia, que tampoco es exactamente lo mismo— con la sensación de que algo quedó pendiente de procesar.

El sueño, o lo que fuera, duró lo que duró.

La voz de los altavoces seguía cuando abrí los ojos.

Tardé un momento en darme cuenta de que estaba diciendo exactamente lo mismo que cuando los cerré. No aproximadamente lo mismo, no el mismo tema con otras palabras: exactamente lo mismo. La misma oración. La misma pausa. La misma siguiente oración.

Pensé que me había despertado en el mismo punto en que me había dormido, que el sueño había durado apenas unos segundos. Pero la luz en la ventana —esa claridad guinda que en el Paraíso reemplaza a la del sol— tenía una intensidad diferente, más plena, la intensidad que yo ya estaba aprendiendo a asociar con lo que aquí se llama mañana.

Había dormido. La voz había seguido. Y estaba diciendo lo mismo.

Lo archivé bajo *consistencia republicana*, que es una virtud, y me levanté a buscar el baño antes de que terminara el horario del agua.

Eran las cinco cincuenta y ocho de la mañana, según mi reloj, que seguía funcionando aunque el tiempo aquí, como ya establecí, tiene una textura distinta.

A las seis en punto el agua llegó con una presión aceptable y una temperatura que tardó noventa segundos en volverse tolerable.

Me bañé. Me vestí. Me puse la chamarra.

Tenía el formulario de validación de perfil pendiente de entregar en la Subdirección de Recursos del Sector 9, que abría a las nueve. Tenía tiempo. Desayunaría primero, si encontraba dónde.

Salí al pasillo. El señor del 7-B abría su puerta al mismo tiempo, con una caja bajo el brazo y la expresión satisfecha de quien lleva a guardar un documento importante.

—Buenos días —dije.

—Buenos días —dijo—. ¿Llegó ayer?

—Antier —dije.

Asintió con el gesto de quien calcula.

—Pronto se acostumbra —dijo.

Le pregunté a qué.

Señaló vagamente el pasillo, el edificio, los altavoces que seguían transmitiendo.

—A todo —dijo.

Bajamos juntos las escaleras. En la planta baja, el letrero del elevador seguía diciendo *EN MANTENIMIENTO*. La fecha de inicio del mantenimiento era la misma de ayer.

Salimos al exterior. La claridad guinda del Paraíso lo cubría todo con esa luz pareja que no produce sombras, o produce sombras tan uniformes que uno deja de notarlas, que quizás es lo mismo.

Era un día igual que el anterior.

Eso, me dije, era la estabilidad. La consistencia. El orden que el movimiento siempre prometió y que aquí, finalmente, se había hecho realidad permanente.

Caminé hacia el punto de distribución de bienestar alimentario buscando el desayuno.

Era, tenía que admitirlo, un buen comienzo.

CAPÍTULO 3

La educación que libera (del pensamiento complejo)

Universidad Popular de la Sabiduría Transformadora, Paraíso Verdadero.

La convocatoria llegó deslizada por debajo de la puerta del 7-C una mañana que no supe distinguir de las anteriores excepto porque el agua del baño llegó cinco minutos antes de lo habitual, detalle que el señor del 7-B, con quien ya había establecido la costumbre de bajar juntos las escaleras, interpretó como señal de una presión de suministro excepcionalmente favorable y que yo interpreté como variación dentro del rango normal de operación del sistema.

La convocatoria era una hoja impresa en papel guinda con letras blancas, membretada con el logotipo del Paraíso y firmada por la Dirección General de Formación Continua y Depuración Cognitiva, que era una dependencia cuya existencia yo desconocía pero cuyo nombre me pareció promisorio: la formación continua es fundamental en cualquier organización que aspire a la excelencia, y la depuración cognitiva, aunque la frase tenía un sonido levemente industrial, yo la interpreté como sinónimo de actualización de conocimientos, que es algo que todo militante responsable debería buscar de manera permanente.

El documento me informaba que había sido seleccionado para participar en el Módulo de Integración Transformadora para Militantes con Antigüedad Mayor a Treinta Años, que se realizaría durante cinco jornadas consecutivas en las instalaciones de la Universidad Popular de la Sabiduría Transformadora, Sector 6, y que mi asistencia era, cito textualmente, *voluntaria en el marco del compromiso histórico que cada Servidor de la Nación asume con el proceso transformador*, que es una formulación que en mis veinte años de gestión territorial yo mismo había usado en al menos dieciséis convocatorias distintas y que todos los destinatarios, sin excepción, interpretábamos correctamente.

Fui.

La Universidad Popular de la Sabiduría Transformadora era un edificio de cuatro plantas que olía a libro de texto nuevo, ese aroma específico de papel sin usar y tinta reciente que en mi infancia asocié con el primer día de clases y con la promesa de que este año sería el año en que todo quedaría claro. El edificio tenía pasillos largos con puertas de salón numeradas, pizarrones verdes visibles a través de las ventanas de cada puerta, y en las paredes una serie de murales que representaban, en el orden en que aparecían conforme uno avanzaba por el pasillo principal, el

origen del universo, la historia de México en síntesis apretada, el surgimiento del movimiento y la llegada de las almas justas al Paraíso, todo en una continuidad narrativa que sugería que estos cuatro eventos formaban una sola historia con dirección única y desenlace previsto desde el principio.

Me gustó el mural. Siempre me gustaron los murales. El muralismo es una tradición revolucionaria mexicana que el movimiento supo reivindicar con acierto.

El salón asignado era el 204. Llegué puntual, que es un hábito que mantengo por convicción y también porque el acta de la jornada anterior de cualquier reunión siempre registra quién llegó tarde y ese registro, aunque parezca menor, construye o destruye reputaciones institucionales de manera acumulativa e irreversible.

Éramos doce en el salón. Doce militantes con más de treinta años de trayectoria, sentados en bancas de madera del tamaño de primaria que a ninguno de nosotros nos acomodaba del todo, lo cual yo interpreté como un gesto pedagógico deliberado: la incomodidad física mantiene la mente alerta y recuerda al alumno, independientemente de sus años y sus logros, que siempre hay algo más que aprender y que el aprendizaje requiere humildad corporal además de intelectual.

El Iluminador del Conocimiento Republicano —así decía su credencial, que traía colgada del cuello con cordón guinda— era un hombre de unos treinta y cinco años con una energía que llenaba el salón sin esfuerzo aparente, el tipo de energía que uno reconoce en los cuadros medios del movimiento que creen de verdad, que no han tenido todavía suficiente contacto con la implementación real de las cosas para que la fe se complique. Yo lo había sido en algún momento. Lo recordé con algo que no era exactamente nostalgia pero se le parecía.

Se llamaba, según la credencial, Abundio.

Abundio abrió la jornada con una pregunta retórica: ¿por qué estamos aquí?

Varios compañeros respondieron. Yo también respondí, con la formulación que me pareció más precisa: estamos aquí porque el proceso transformador requiere que sus cuadros más experimentados mantengan vigente su marco conceptual en un contexto de permanente avance histórico.

Abundio me miró con la satisfacción del maestro ante el alumno que dice lo que el maestro iba a decir de todas formas.

—Exactamente —dijo—. Estamos aquí porque la militancia larga acumula también, inevitablemente, algunos residuos cognitivos del periodo anterior que conviene identificar y depurar para seguir avanzando con claridad republicana.

Anoté la frase en mi libreta. *Residuos cognitivos del periodo anterior.* Era una formulación interesante. Me pregunté qué residuos específicos tendría yo, que había militado desde antes de que muchos de los presentes supieran que el movimiento existía, pero decidí que la autocrítica honesta

era parte del proceso y que si Abundio identificaba algo, yo lo recibiría con apertura.

El primer día estudiamos historia.

El libro de texto que nos repartieron era de tamaño estándar, cubierta guinda, papel brillante, ilustraciones a color. En la primera página una cita del Profeta: *El pueblo que conoce su historia no puede ser engañado.* En la segunda página el índice, que tenía cincuenta y dos capítulos en cincuenta páginas de texto, lo cual daba un promedio de menos de una página por capítulo para cubrir desde el origen del universo hasta el presente, y que yo consideré un ejercicio de síntesis admirable aunque inevitablemente selectivo.

El libro dividía la historia en dos periodos: el Periodo de la Oscuridad, que abarcaba desde la Colonia hasta el año previo al inicio del movimiento y que se caracterizaba por la opresión, la corrupción, el neoliberalismo y el olvido del pueblo, y el Periodo de la Luz, que comenzaba con el movimiento y que se caracterizaba por todo lo contrario. La transición entre ambos periodos era abrupta, limpia, sin ambigüedad: una página terminaba el Periodo de la Oscuridad con un párrafo sobre la noche más larga de la historia nacional y la página siguiente comenzaba el Periodo de la Luz con una mañana nueva.

Abundio nos llevó a través del libro con entusiasmo genuino. Hacía preguntas. Esperaba respuestas. Cuando las respuestas eran correctas —es decir, cuando coincidían con lo que decía el libro— las celebraba. Cuando eran incorrectas —es decir, cuando no coincidían— las redirigía con amabilidad hacia la versión del libro.

En un punto, una compañera de Michoacán llamada Refugio, maestra jubilada con cuarenta y un años de militancia y una expresión permanente de quien ha visto suficiente como para no escandalizarse de nada pero sí para notar todo, preguntó por qué el libro no mencionaba cierto acontecimiento específico del Periodo de la Oscuridad que ella había vivido y documentado y que había sido, en su opinión, un momento relevante para entender lo que vino después.

Abundio la escuchó con atención completa y genuina. Luego respondió que el libro, como toda síntesis pedagógica, tomaba decisiones sobre qué incluir en función de la relevancia histórica objetiva del material, y que los hechos que no aparecían era porque los expertos en contenido educativo del Consejo de Sabiduría habían determinado que su inclusión podría generar confusión en lectores sin el marco conceptual suficiente para contextualizarlos correctamente.

—¿Y nosotros tenemos ese marco? —preguntó Refugio.

—Lo están construyendo —dijo Abundio, con una sonrisa que no tenía ningún ángulo de condescendencia visible pero que yo sentí en algún lugar que no supe nombrar.

Refugio anotó algo en su libreta. No pude ver qué.

El segundo día estudiamos ciencias.

Este módulo me interesó especialmente porque yo siempre tuve respeto por la ciencia, o más bien por la idea de la ciencia como herramienta del pueblo para comprender y transformar su realidad, que es una formulación que el movimiento había hecho suya desde temprano y que yo compartía con convicción. La ciencia al servicio del pueblo. El conocimiento como bien común. Contra la ciencia privatizada por las élites que la usan para mantener el poder.

El libro de ciencias era más delgado que el de historia. Abundio nos explicó, antes de abrirlo, que el Consejo de Sabiduría había sometido el conocimiento científico disponible a una revisión de pertinencia republicana, eliminando aquello que no tuviera aplicación directa en la mejora de las condiciones de vida del pueblo y reteniendo lo que sí, en un ejercicio de selección que él describió como *ciencia con conciencia social*.

Las áreas que el libro cubría eran: medicina básica, agricultura sustentable, construcción con materiales locales, herbolaria y conocimiento tradicional de los pueblos originarios. Las áreas que el libro no cubría incluían varias que yo había asumido como parte de cualquier educación científica razonable, pero Abundio explicó que esas áreas habían sido *temporalmente suspendidas por revisión epistemológica republicana* porque contenían supuestos metodológicos provenientes del pensamiento occidental hegemónico que reproducían lógicas de dominación colonial disfrazadas de objetividad.

Levanté la mano.

—¿Por cuánto tiempo están suspendidas? —pregunté.

—Por el tiempo que sea necesario —dijo Abundio.

—¿Y quién determina cuándo es suficiente la revisión?

—El Consejo de Sabiduría —dijo.

—¿Cuándo se reúne el Consejo?

—Periódicamente —dijo.

Anoté todo en mi libreta con la misma cuidado con que había anotado siempre todo. Debajo escribí una pregunta que no hice en voz alta: *¿Revisión o supresión?* La rodeé con un círculo pequeño y pasé la página.

El tercer día estudiamos matemáticas.

Las matemáticas del Paraíso, descubrí, funcionaban con una lógica que en un primer momento me pareció desorientadora y que después, tras reflexión, encontré que tenía su propia coherencia interna, aunque distinta de la coherencia que yo había aprendido en la escuela primaria de Tlaxiaco donde fui alumno hace ya demasiados años para contarlos con precisión.

El principio fundamental, según Abundio, era que los números son herramientas y como toda herramienta su valor depende del uso que se les dé. Un número al servicio del pueblo produce verdad. Un número al servicio de los adversarios produce distorsión. El procedimiento correcto, por tanto, era partir del resultado que el análisis histórico y político indicaba como correcto y verificar que los números lo confirmaran, y si no lo confirmaban

era porque había un error de procedimiento en el cálculo, no en el resultado.

—¿Y si el procedimiento es correcto? —preguntó el compañero que estaba a mi derecha, un hombre callado de Veracruz que llevaba tres días anotando todo sin hacer preguntas y que eligió ese momento para hacer la primera.

Abundio lo consideró con seriedad.

—Si el procedimiento es correcto y el resultado no coincide con el análisis histórico-político —dijo— es que hay una variable que el procedimiento no está capturando. En esos casos se revisa el procedimiento hasta encontrar la variable que falta.

—¿Y si no hay variable que falte? —dijo el compañero de Veracruz.

—Siempre hay una variable que falta —dijo Abundio, con la serenidad de quien ha pensado en esto antes—. El mundo es complejo. Los modelos son simplificaciones. La humildad epistémica consiste en reconocer que el modelo nunca captura todo.

Era un argumento irreprochable en abstracto. Guardé la objeción que se me formaba en la mente en la parte de procesamiento diferido, que para este punto tenía ya una cola considerable.

El cuarto día no fue un día de tema sino de síntesis: Abundio nos guio a través de lo aprendido en la semana, haciendo énfasis en la coherencia del conjunto, en cómo historia, ciencia y matemáticas en la versión del Paraíso formaban un sistema integrado donde todo se apoya en todo y nada contradice nada porque la contradicción es, en última instancia, un residuo cognitivo del pensamiento dualista occidental que divide lo que el pensamiento holístico y republicano ve como unidad.

Refugio, la maestra de Michoacán, levantó la mano durante la síntesis.

—Tengo una pregunta —dijo.

—Adelante —dijo Abundio.

—¿Hay algo que no sepamos después de esta semana que deberíamos saber?

Abundio sonrió. Era la sonrisa más genuina que le había visto en cuatro días, una sonrisa de quien recibe la pregunta que estaba esperando.

—La sabiduría verdadera —dijo— consiste en saber que no se puede saber todo, y en confiar en quienes tienen la responsabilidad histórica de administrar el conocimiento en nombre del pueblo.

Refugio lo miró un momento largo. Luego cerró su libreta.

No volvió a preguntar nada.

El quinto día Abundio nos entregó las constancias de finalización del módulo. Eran hojas en papel guinda con el logotipo del Paraíso, nuestros nombres escritos a mano con caligrafía cuidada, una leyenda que decía *Ha completado exitosamente el Módulo de Integración Transformadora* y la firma del Director General de Formación Continua y Depuración Cognitiva, que era una firma pequeña e ilegible como todas las firmas de directores

generales en todas las instituciones que yo había conocido, como si el cargo requiriera una proporción inversa entre poder y legibilidad caligráfica.

Recibí mi constancia con satisfacción. Era un documento. Los documentos son activos.

A la salida, en el pasillo, Refugio se puso a mi lado. Caminamos hacia la escalera juntos.

—¿Qué te pareció? —me preguntó.

Le dije que me había parecido útil, que la actualización de marco conceptual era necesaria, que Abundio era un buen comunicador.

Ella asintió sin decir nada.

—¿A ti? —pregunté.

Se quedó callada un momento.

—Me parece —dijo finalmente, eligiendo las palabras con el cuidado de quien sabe que las palabras tienen consecuencias— que aprendimos exactamente lo que ya sabíamos. Con otras palabras, pero lo mismo.

Consideré eso.

—¿Y no es eso a veces lo que necesitamos? —dije—. ¿Que alguien nos ordene lo que ya sabemos para verlo con más claridad?

Me miró.

—Sí —dijo—. Depende de si lo que ya sabemos es cierto.

Bajamos la escalera en silencio.

Afuera, el mural del pasillo terminaba donde siempre terminaba: en la imagen de las almas llegando al Paraíso, representadas como figuras luminosas que cruzaban la puerta de concreto aparente con expresiones de alivio y gratitud. El último panel del mural mostraba a esas mismas figuras, ya dentro, participando en asambleas, llenando formularios, recibiendo constancias, sonriendo.

Era un mural bien ejecutado. Los colores eran firmes, el trazo seguro, la composición equilibrada.

Lo miré un momento más de lo que había planeado.

Luego guardé mi constancia en el portafolios junto al formulario de validación de perfil que todavía tenía pendiente de entregar, y salí a la claridad guinda del Paraíso a resolver lo que quedaba por resolver, que siempre era algo.

CAPÍTULO 4

El trabajo dignificante y su recompensa espiritual

Coordinación de Gestión Bienestarista Sectorial, Área Metropolitana del Paraíso Norte.

La notificación de asignación laboral llegó por el mismo conducto que todas las comunicaciones oficiales del Paraíso: deslizada por debajo de la puerta en papel guinda con letras blancas, firmada por una dependencia cuyo

nombre yo leía por primera vez, sellada con un sello que dejaba una impresión apenas legible pero cuya existencia era suficiente para conferir al documento el peso institucional que requería.

El puesto: Coordinador de Verificación de Asistencia a Asambleas Voluntarias Obligatorias, Nivel 4.

Lo leí dos veces. Luego lo leí una tercera vez porque la segunda lectura me había producido una satisfacción que quería confirmar que era proporcionada al cargo. Coordinador. Nivel 4. En mis últimos años de vida había operado en niveles equivalentes, coordinando equipos de entre doce y cuarenta personas según el ciclo electoral y la disponibilidad presupuestal, y aunque el título específico era nuevo para mí —lo de *Voluntarias Obligatorias* era una formulación que yo mismo había usado en convocatorias y que por tanto comprendía perfectamente en sus implicaciones prácticas— el rango me pareció adecuado a mi trayectoria.

Había, al pie del documento, una nota que decía que existía posibilidad de ascenso al Nivel 5 tras mil ciclos de desempeño impecable evaluado por la Comisión de Mérito Republicano, sujeto a disponibilidad de plazas y a la aprobación del formulario correspondiente disponible en el Sector 17.

Mil ciclos me pareció un horizonte ambicioso pero no irrazonable para un sistema que valora la trayectoria sostenida sobre los logros inmediatos, que es una filosofía con la que yo siempre estuve de acuerdo en principio aunque en la práctica de la política electoral los resultados a corto plazo tendían a pesar más de lo que uno quisiera admitir.

Me presenté a las nueve de la mañana en la Coordinación de Gestión Bienestarista Sectorial, que quedaba en el Sector 12 a una distancia que el mapa sugería como caminable y que resultó ser caminable en efecto aunque más larga de lo que la escala del mapa implicaba, confirmando una tendencia que yo ya había identificado como característica del cartografía oficial del Paraíso: las distancias en los mapas son aspiracionales.

El edificio de la Coordinación era funcional y ordenado, con recepción, área de cubículos, sala de reuniones y una pared donde estaban pegados los informes de operación del ciclo vigente, todos con cifras en verde y flechas apuntando hacia arriba. Me detuve a leerlos. Los indicadores incluían: porcentaje de asistencia a asambleas verificada, número de listas procesadas, tiempo promedio de entrega de reportes, índice de satisfacción del proceso. Todos en verde. Todos con flechas hacia arriba.

Me produjo una impresión favorable. Las oficinas con indicadores en verde generan un ambiente psicológico de logro que facilita el trabajo.

Mi supervisora directa era una mujer de nombre Visitación Ochoa Meléndez, Coordinadora General de Verificación, Nivel 6, que me recibió con la eficiencia de quien tiene mucho qué hacer y poco tiempo para los preámbulos, lo cual yo respeto profundamente porque los preámbulos innecesarios son uno de los grandes desperdicios de la gestión pública y privada.

Me explicó el trabajo en cuatro minutos.

Las asambleas eran reuniones periódicas que se celebraban en todos los sectores del Paraíso con frecuencia variable pero constante, convocadas por la Dirección General de Participación Ciudadana Transformadora para tratar temas de interés colectivo que la Dirección determinaba según el calendario anual de prioridades republicanas. La asistencia era voluntaria en el sentido de que nadie obligaba físicamente a nadie a ir, y obligatoria en el sentido de que la no asistencia sin justificación válida —cuya validez era determinada por la misma Dirección que convocaba las asambleas— quedaba registrada en el expediente personal con una anotación de *desapego comunitario*, que no tenía consecuencias formales pero que Visitación me explicó, con la neutralidad de quien reporta un hecho sin emitir juicio, que tendía a aparecer en los procesos de evaluación de mérito cuando se solicitaban ascensos.

Mi función específica: asistir a las asambleas asignadas a mi sector de verificación, tomar lista de asistencia en los formatos oficiales, digitalizar las listas en el sistema antes del cierre del día hábil —el sistema cerraba a las cinco de la tarde excepto los martes, que era el día de mantenimiento sistémico, y los días de *contingencia administrativa*, que eran días que la coordinación declaraba con entre cero y dos horas de anticipación cuando ocurrían situaciones que el reglamento no especificaba con más detalle—, y entregar los reportes consolidados a la Sub coordinación de Análisis de Participación, que los recibía, los sellaba y los enviaba al archivo.

—¿Qué hace la Sub coordinación con los reportes? —pregunté.

Visitación me miró un momento.

—Los archiva —dijo.

—¿Y el archivo?

—Archiva —dijo, con una precisión que no dejaba espacio para más preguntas en esa dirección.

Mis colegas inmediatos eran cuatro. Me los presentó en el orden en que sus cubículos aparecían conforme uno avanzaba por el pasillo, que era también, me explicó Visitación, el orden de antigüedad en el cargo.

El primero era Esteban, un hombre de unos cincuenta años que llevaba en el puesto lo que describió como *mucho tiempo* sin precisar más, y que había desarrollado una caligrafía perfecta para las listas de asistencia que yo no había visto igualada ni en las mejores oficinas de registro civil donde tramité documentos a lo largo de mi carrera. Letras uniformes, separación consistente, presión constante del bolígrafo. Le pregunté si había pensado en solicitar el ascenso al Nivel 5. Me dijo que había llenado el formulario correspondiente en tres ocasiones. Le pregunté qué había pasado. Me dijo que en la primera ocasión el formulario fue devuelto porque faltaba un anexo que no estaba listado en las instrucciones del formulario pero que era de uso interno conocido. En la segunda ocasión el formulario fue recibido pero el proceso de evaluación fue suspendido por reestructuración de la Comisión de Mérito. En la tercera ocasión el formulario fue aceptado y el proceso iniciado, y llevaba en evaluación desde entonces.

—¿Cuánto tiempo lleva en evaluación? —pregunté.

Esteban miró su caligrafía perfecta.

—Mucho tiempo —dijo, con la misma precisión de antes.

La segunda colega era Amparo, que había llegado al Paraíso joven y que llevaba en el puesto suficiente tiempo como para que el puesto se hubiera convertido en su identidad de una manera que ella no parecía haber elegido deliberadamente pero que tampoco rechazaba. Sabía exactamente en qué cajón estaba cada formato, qué días el sistema tendía a caerse antes del cierre, qué asambleas tenían asistencia alta y cuáles requerían un conteo más creativo para que los porcentajes del reporte no generaran preguntas incómodas en la Sub coordinación.

Le pregunté qué quería decir con conteo creativo.

Me miró con la expresión de quien acaba de decir algo que no tenía intención de decir y que ahora tiene que decidir si lo sostiene o lo retira.

—Que a veces las listas se completan con base en la tendencia histórica de participación —dijo—. Para que los indicadores reflejen la realidad del proceso más que la particularidad de una jornada específica.

Procesé eso con cuidado.

—¿Y eso es un procedimiento establecido? —pregunté.

—Es una práctica —dijo Amparo— que nadie ha prohibido oficialmente.

El tercero era Norberto, un hombre callado de Tabasco que había militado en el movimiento desde los primeros años en ese estado y que guardaba en su cajón, debajo de los formatos de asistencia, una fotografía del Profeta en un mitin de 2003 donde él aparecía en la tercera fila con el puño levantado y una expresión que yo reconocí porque yo mismo la había tenido: la expresión del hombre que acaba de encontrar algo que buscaba sin saber que lo buscaba.

La cuarta era Perpetua, que llevaba menos tiempo que los otros y que todavía tenía la energía de quien cree que el trabajo tiene un propósito concreto y verificable. Era la única que preguntaba en las reuniones de equipo qué pasaba con los reportes que enviaban, si alguien los leía, si cambiaban algo. Visitación respondía siempre que los reportes alimentaban el sistema de información que permitía a las instancias superiores tomar decisiones con base en datos reales. Perpetua anotaba esa respuesta cada vez como si fuera nueva.

Mi primer día de trabajo fue un martes.

El sistema estaba en mantenimiento.

Pasé el día leyendo los manuales de procedimiento, que eran cuatro volúmenes de entre ochenta y ciento veinte páginas cada uno, redactados con la minuciosidad de quien quiere que ninguna situación quede sin protocolo y que por esa misma razón producían la paradoja de que entre tanta especificidad era difícil encontrar la indicación concreta que uno buscaba para el caso particular que tenía enfrente.

El miércoles el sistema funcionó. Asistí a mi primera asamblea.

Era en el Sector 12, salón multipropósito de la Unidad Comunitaria Bienestarista número 4, capacidad para doscientas personas, asistencia real de cuarenta y tres que yo conté tres veces para asegurarme. El tema de la asamblea era la actualización del diagnóstico comunitario de necesidades transformadoras, que consistía en que el Facilitador de Diálogo Republicano —un joven con credencial similar a la de Abundio— preguntaba a los presentes qué necesitaban y los presentes respondían cosas que el Facilitador anotaba en un rotafolio con marcador guinda, y al final el Facilitador agradecía la participación y decía que la información recopilada sería enviada a la instancia correspondiente para su análisis e integración al plan sectorial.

—¿En cuánto tiempo? —preguntó alguien desde las sillas.

—En el siguiente ciclo de planificación —dijo el Facilitador.

—¿Cuándo es ese ciclo?

—Próximamente —dijo el Facilitador, con la serenidad de quien ha respondido esa pregunta suficientes veces como para que la respuesta ya no le produzca ninguna incomodidad.

Tomé la lista. Cuarenta y tres nombres. Los digitalicé al regresar a la oficina. Los envié a la Sub coordinación antes de las cinco. El sistema no se cayó ese día.

Visitación asomó la cabeza a mi cubículo a las cuatro cincuenta.

—Buen primer día —dijo.

Le agradecí.

—Una cosa —dijo—. El reporte de hoy va a necesitar un ajuste.

Le pregunté cuál.

—La asamblea del Sector 12 tiene un histórico de participación de ochenta y cinco a noventa personas —dijo—. Cuarenta y tres genera una discrepancia que la Sub coordinación va a preguntar.

—Pero fueron cuarenta y tres —dije.

—Lo sé —dijo—. Pero cuarenta y tres en un espacio de doscientas sillas comunica una narrativa de desinterés que no refleja el compromiso real del sector con el proceso transformador, que es alto. El compromiso real no siempre se expresa en presencia física: hay compañeros que participan desde casa, que siguen las transmisiones, que contribuyen de otras maneras.

La miré.

—¿Cuánto pongo? —dije.

Me miró ella.

—Lo que refleje mejor la participación integral del sector —dijo—. Tú eres el coordinador. Tienes criterio.

Salió.

Me quedé frente a la pantalla con el reporte abierto y el campo de asistencia esperando un número.

Escribí ochenta y siete. Borré. Escribí setenta y dos. Borré. Escribí sesenta y uno. Borré.

Escribí cuarenta y tres.

Guardé el reporte. Lo envié.

Al día siguiente llegó una notificación de la Sub coordinación: el reporte del Sector 12 presentaba una discrepancia significativa con el histórico sectorial que requería justificación por escrito en el formato 14-B disponible en el Sector 17.

Fui al Sector 17. Obtuve el formato 14-B. Lo llené explicando las condiciones de la jornada, el horario, la competencia con otras convocatorias simultáneas en el sector que probablemente dispersaron la asistencia. Lo entregué.

Tres días después llegó respuesta: la justificación había sido recibida y estaba siendo evaluada. En lo sucesivo, me recomendaban consultar con mi supervisora directa antes de enviar reportes con variaciones significativas respecto al histórico.

Guardé la notificación.

Esa tarde, en el comedor colectivo, Esteban se sentó frente a mí con su charola de tortillas y frijoles y la bebida caliente que ese día tenía un sabor que yo identifiqué como aproximadamente canela.

—¿Cuánto pusiste? —dijo.

—Cuarenta y tres —dije.

Asintió despacio, como si confirmara algo que ya esperaba.

—Yo también puse el número real la primera vez —dijo.

—¿Y?

—Y aprendí —dijo.

—¿Qué aprendiste?

Tomó un sorbo de la bebida. La miró. La dejó en la charola.

—Que el número real y el número verdadero no siempre son el mismo número —dijo.

Lo miré un momento. Era una frase que tenía la estructura de una paradoja profunda y el contenido de una instrucción práctica y yo no supe, en ese momento, cómo separar las dos cosas.

Comí mis frijoles.

Afuera, los indicadores de la pared seguían en verde, todos, con las flechas apuntando hacia arriba. Los miraba cada vez que pasaba frente a ellos, que era dos veces al día mínimo, y cada vez me producían la misma impresión favorable que el primer día.

Eso al menos no había cambiado.

CAPÍTULO 5

La salud que cuida al pueblo que cuida la salud

Centro de Bienestar Corporal y Espiritual Número 3, Paraíso Verdadero.

La molestia apareció un martes.

No un martes cualquiera sino uno de mantenimiento sistémico, lo cual significaba que no había trabajo digitalizable ese día y que yo había pasado la mañana revisando los manuales de procedimiento en su cuarta edición, que era la vigente, buscando el apartado que explicaba qué hacer cuando la asistencia real a una asamblea excedía el histórico sectorial, que era una situación que nadie en la oficina había experimentado pero que yo consideraba teóricamente posible y para la cual quería estar preparado, y fue durante esa lectura, sentado en mi cubículo con la espalda ligeramente inclinada sobre el escritorio, cuando noté la molestia.

No era dolor. Eso lo establezco con precisión porque yo he tenido dolor en la vida y sé distinguirlo: el dolor tiene dirección, tiene intensidad, tiene una cualidad que exige atención inmediata. Esto era otra cosa. Era una presencia. Una densidad localizada en el costado izquierdo, aproximadamente a la altura de donde yo recordaba que estaban ciertos órganos cuya función exacta nunca memoricé con detalle porque la medicina siempre me interesó más como política de salud pública que como conocimiento clínico específico. Una presencia que no dolía pero que estaba ahí con una insistencia que sugería que tenía algo que comunicar y que esperaría el tiempo necesario para ser escuchada.

Le pregunté a Amparo, que pasaba por el pasillo con una pila de formatos bajo el brazo, si en el Paraíso las almas podían tener síntomas físicos.

Me miró con la expresión de quien recibe una pregunta que ya se hizo a sí misma.

—¿Por qué crees que existe el Centro de Bienestar? —dijo, y siguió caminando.

El Centro de Bienestar Corporal y Espiritual Número 3 quedaba en el Sector 8, que según el mapa aspiracional del Paraíso estaba a distancia razonable de la Coordinación y que en la práctica quedaba suficientemente lejos como para que yo llegara con la certeza de haber cumplido ya con mi cuota diaria de ejercicio físico, que el libro de ciencias del módulo de Abundio recomendaba como práctica preventiva fundamental y que yo siempre había descuidado en vida por razones de agenda y que aquí tampoco había incorporado como hábito pero que al menos estaba cumpliendo de manera accidental, que es a veces la mejor manera de cumplir con las cosas que uno sabe que debería hacer y no hace.

El Centro tenía una fachada limpia con el logotipo del Paraíso y un letrero que decía *LA SALUD ES UN DERECHO DEL PUEBLO, NO UN PRIVILEGIO DE POCOS*, que es una frase con la que yo siempre estuve completamente de acuerdo y que leí con la satisfacción de quien llega a un lugar ideológicamente compatible.

Adentro: sala de espera con sillas de plástico, la mitad del número necesario para los presentes, de modo que aproximadamente la mitad de

quienes esperaban lo hacían de pie o en el alféizar de la ventana o recargados en la pared con la postura de quien ha encontrado en la pared un aliado que las sillas no pudieron ser. Un mostrador de recepción. Detrás del mostrador una figura con bata blanca y credencial que decía *PROMOTOR DE SALUD INTEGRAL* y debajo, en letra más pequeña, la especialidad: *Bienestar General y Orientación Republicana*.

Me registré. Me dieron un número. Me formé en la fila mental que uno construye cuando no hay fila física pero sí un orden implícito que todos respetan porque el orden implícito es una forma de civilidad que los pueblos con cultura comunitaria desarrollan sin necesidad de señalización.

Esperé.

A mi izquierda había una mujer de edad madura con unos lentes sujetos con cinta adhesiva en el puente, que miraba el número de turno en la pantalla con una concentración que después entendí era esfuerzo genuino: sin los lentes correctos la pantalla era probablemente un rectángulo luminoso con manchas de color. Le pregunté si necesitaba ayuda para leer el turno. Me agradeció. Le dije cuál era el número en pantalla. Me preguntó cuánto faltaba para el suyo. Le dije. Asintió con la resignación activa de quien ha aprendido a convertir la espera en un estado neutral.

—¿Viene por los lentes? —pregunté.

—Llevo tres visitas intentando que me den la orden para el optometrista —dijo—. En la primera me dijeron que el optometrista era una especialidad que requería referencia del Promotor General. En la segunda visita el Promotor General me dio la referencia pero en el formato anterior, que ya no estaba vigente. En la tercera me dieron el formato correcto pero me dijeron que el optometrista del Paraíso tiene lista de espera.

—¿Cuánto tiempo de espera?

—No supieron decirme —dijo—. Dijeron que depende de la demanda.

—¿Y mientras?

Levantó los lentes con cinta adhesiva con un gesto que contenía más dignidad de la que yo hubiera podido reunir en esa situación.

—Mientras —dijo— uno se arregla.

A mi derecha había un hombre con una tos. No una tos de visita médica de cortesía sino una tos con historia, con estratos, con la profundidad de algo que lleva tiempo instalado y que ya no sorprende a nadie pero tampoco se va. Le pregunté desde cuándo. Me dijo que desde antes de llegar. Que pensó que en el Paraíso se resolvería, que era lógico pensar que en el Paraíso las cosas que se traen de antes se resuelven porque si no para qué el Paraíso. Que la tos siguió. Que ya la consideraba parte de sí mismo. Que había días en que casi no molestaba.

—¿Ha visto al Promotor por eso? —pregunté.

—Varias veces —dijo—. Me recetan la infusión de hierbas. Cuando hay.

—¿Y cuando no hay?

—Me dicen que pronto habrá —dijo—. Y a veces hay. La infusión no resuelve la tos pero es caliente, y caliente ayuda.

Me llamaron.

El Promotor de Salud Integral que me atendió era joven, de unos veinticinco años, con la credencial y la bata y una energía de convicción genuina que yo reconocí y respeté porque la convicción genuina en un profesional de la salud es un activo que ningún equipamiento puede reemplazar, aunque tampoco puede reemplazar al equipamiento, que es una verdad que la convicción genuina tiende a oscurecer en sus propios portadores.

Se presentó. Dijo que había completado el programa de formación de Promotores de Salud Integral en seis semanas intensivas y que estaba muy comprometido con garantizar el derecho a la salud del pueblo del Paraíso. Lo dijo con la convicción de quien lo cree, que era lo importante.

Le expliqué la molestia. La localicé en el costado izquierdo con mis propios dedos. Le dije que no era dolor sino presencia. Le dije que en vida había tenido hipertensión moderada y que no descartaba que hubiera alguna relación.

Me examinó. El examen consistió en dos dedos sobre el abdomen en el área que yo había señalado, presión leve, luego presión moderada, luego la pregunta de si dolía, a lo que respondí que no exactamente pero que sí, que algo, que depende de cómo se defina doler.

Me preguntó si había tenido pensamientos negativos sobre el movimiento recientemente.

Lo miré.

—¿Por qué? —dije.

—Porque —dijo, con la seriedad de quien cita un protocolo— los pensamientos negativos sobre el proceso transformador generan una respuesta de estrés crónico que produce lo que en la medicina occidental se llama inflamación y que en nuestra tradición de salud integral llamamos *tensión republicana no resuelta*, que se manifiesta frecuentemente como molestias difusas en el área abdominal y torácica.

Procesé eso.

—No he tenido pensamientos negativos sobre el movimiento —dije, que era verdad en los términos en que yo los entendía en ese momento, con las precisiones que cualquier observación honesta requería pero que en el contexto del consultorio no parecían el momento apropiado para desarrollar.

—Bien —dijo—. Eso es positivo.

Anotó algo en mi expediente.

—¿Qué anota? —pregunté.

—Que no presenta tensión republicana —dijo—. Es un indicador favorable.

Me recetó una infusión de hierbas para la molestia. Tres tazas diarias, preferentemente antes de las asambleas, con pensamiento positivo sobre el

proceso transformador, que potenciaba los efectos activos de las hierbas según estudios del Consejo de Sabiduría que él me recomendó consultar aunque no pudo darme la referencia exacta porque estaban en revisión editorial.

—¿Hay algo más que se pueda hacer? —pregunté.

—Si la molestia persiste —dijo—, podemos solicitar una evaluación con el Promotor Especializado en Bienestar Corporal Complejo.

—¿Cuánto tarda eso?

—Depende de la lista de espera —dijo.

—¿Y la lista de espera?

—Depende de la demanda —dijo.

Me dio el comprobante de visita. Era una hoja con el logotipo del Centro, mi nombre, la fecha aproximada, el diagnóstico —*Molestia difusa, probable tensión republicana leve, sin evidencia de complicación*— y la receta.

—¿Para qué sirve el comprobante? —pregunté.

—Para el expediente —dijo—. Y podría servirle para algún trámite futuro.

—¿Qué trámite?

—Eso depende —dijo— del trámite.

Salí con el comprobante y la receta. En la sala de espera la mujer de los lentes con cinta seguía esperando. El hombre de la tos también. Una niña que yo no había visto al entrar estaba sentada en el alféizar de la ventana con las piernas colgando, mirando hacia afuera con la expresión de quien espera que alguien le explique algo y ha decidido que la explicación puede esperar porque las explicaciones en este lugar siempre pueden esperar.

Me detuve.

No supe por qué me detuve. No había nada que yo pudiera hacer por ninguno de ellos que no hubieran intentado ya. No tenía información adicional, no tenía influencia sobre las listas de espera, no tenía los formatos correctos ni los lentes ni el medicamento para la tos. Me detuve simplemente porque algo en mí no quería salir todavía como si salir fuera una forma de resolución que la situación no merecía.

La niña me miró.

—¿Tú también estás esperando? —dijo.

—Ya salgo —dije.

—Todo el mundo dice eso —dijo la niña, sin acusación, como un dato.

Salí.

La claridad guinda del Paraíso estaba igual que siempre: pareja, sin sombras, sin variación. Caminé hacia la Coordinación pensando en la infusión de hierbas que probablemente no estaría disponible en el punto de distribución más cercano porque nunca estaba todo al mismo tiempo pero que quizás esta semana sí, que a veces sí.

La molestia en el costado izquierdo seguía ahí.

No era dolor. Eso lo mantenía. Era una presencia.

Y la presencia, pensé mientras caminaba, tenía cada vez menos de físico y cada vez más de otra cosa que todavía no tenía nombre en mi vocabulario pero que ocupaba el mismo lugar en el cuerpo donde antes había estado la certeza.

CAPÍTULO 6

La gran obra que transformó el territorio sagrado

Estación Central del Tren de la Dignidad Perpetua, Paraíso Verdadero.

La invitación tenía el formato de orden y la redacción de privilegio, que es la combinación que yo había aprendido a identificar en dos décadas de vida institucional como la más difícil de rechazar porque opera simultáneamente sobre el miedo y el orgullo, dos palancas que en el ser humano rara vez apuntan en la misma dirección pero que cuando lo hacen producen una obediencia de una calidad completamente distinta a la que genera cualquiera de las dos por separado.

Decía que yo había sido seleccionado, entre los Servidores de la Nación Destacados de mi sector, para participar como testigo de honor en la Inauguración Fase 23 del Tren de la Dignidad Perpetua, la obra de infraestructura más importante en la historia del Paraíso y uno de los legados más significativos del proceso transformador en materia de conectividad soberana, movilidad republicana y dignificación del territorio celestial.

Testigo de honor. Lo leí dos veces. Luego lo guardé en el bolsillo de la chamarra junto a la estampa del Profeta y el USB con el discurso que nunca pronuncié, que seguía ahí porque yo no había encontrado razón suficiente para deshacerme de él y porque los objetos que uno carga mucho tiempo terminan volviéndose parte de uno de una manera que no es exactamente sentimental pero sí es real.

La Estación Central del Tren de la Dignidad Perpetua era el edificio más grande que yo había visto en el Paraíso y posiblemente el más grande que había visto en ningún lugar, aunque la comparación era difícil porque la escala de las cosas aquí tenía esa cualidad expansiva que yo ya había identificado en los mapas y que parecía aplicar también a la arquitectura: todo era más grande de lo que parecía desde lejos y más vacío de lo que sugería su tamaño desde cerca.

La fachada era impresionante. Concreto aparente, líneas limpias, el logotipo del Paraíso en dimensiones monumentales sobre la entrada principal, y debajo una leyenda en tipografía institucional que decía: *EL TREN DE LA DIGNIDAD PERPETUA — Conectando al pueblo con su destino histórico.* Debajo de la leyenda, en letra más pequeña: *Inauguración Fase 1: Ciclo Fundacional. Inauguración Fase 23: Hoy.*

Me detuve ante ese detalle. Veintidós inauguraciones anteriores. Yo había llegado al Paraíso hacía ya varios ciclos y no había escuchado nada de las primeras veintidós, lo cual podía significar que ocurrieron antes de mi

llegada o que ocurrieron sin suficiente difusión en mi sector o que el concepto de inauguración en el contexto del Tren de la Dignidad Perpetua tenía una definición operativa más amplia que la que yo traía de mi experiencia previa con inauguraciones de obras públicas, que en vida también habían sido numerosas y también habían tenido una relación con la terminación real de las obras que era, digamos, flexible.

Adentro la estación era todo andén y poco tren. El andén era largo, bien iluminado con la claridad guinda característica, equipado con bancas metálicas suficientes para la mitad de los presentes y con pantallas que mostraban el itinerario del tren en tipografía grande y legible, con horarios de salida, destinos, duración estimada del recorrido y, en la columna que normalmente indica retrasos, la leyenda *EN PROCESO DE OPTIMIZACIÓN* para todas las filas sin excepción.

Los testigos de honor éramos como doscientos. Nos habían colocado en un área delimitada con cinta guinda cerca del andén principal, con acceso a un refrigerio que consistía en agua y una galleta envuelta en papel con el logotipo del tren, que yo guardé en el portafolios porque los objetos con logotipos institucionales son documentos de época y los documentos de época tienen valor histórico aunque nadie sepa todavía exactamente cuál.

El acto de inauguración comenzó con puntualidad relativa, que en el Paraíso significa que comenzó cuando el sistema de sonido terminó de ajustarse, que fue cuarenta minutos después de la hora señalada en la invitación, y que yo registré como margen operativo razonable para un evento de esta magnitud logística.

Hubo discursos.

El primero fue del Director General de Infraestructura Transformadora del Paraíso, una figura de complexión sólida y voz de auditorio que habló durante veinte minutos sobre la visión estratégica del tren, sus antecedentes históricos en la tradición ferroviaria nacional, su significado simbólico como recuperación de la soberanía sobre el territorio y su impacto proyectado en la movilidad de las almas del Paraíso una vez que alcanzara su capacidad operativa plena, que ocurriría, según sus proyecciones, en la Fase 31.

El segundo fue de la Coordinadora de Bienestar Territorial del Sector Norte, que habló durante quince minutos sobre los beneficios comunitarios del tren para los sectores por los que pasaba o pasaría, con énfasis en el acceso a servicios, la integración cultural y la dignificación del paisaje celestial que la presencia de infraestructura ferroviaria de calidad producía en los territorios que atravesaba aunque todavía no los conectara con ningún destino al que se pudiera llegar y regresar el mismo día.

El tercero fue del Profeta.

O más bien: hubo un momento en que las pantallas se encendieron con una imagen que todos reconocimos y el sistema de sonido aumentó su volumen y la voz llenó la estación con esa cadencia inconfundible que yo había escuchado miles de veces en miles de contextos y que aquí, en el eco alto de la estación, tenía una resonancia particular, casi litúrgica.

El Profeta habló desde las pantallas durante cuarenta y tres minutos. Hablo de tabasco. Habló de los trenes del México antiguo, de cómo los trenes habían sido privatizados por los tecnócratas neoliberales que entregaron el país a los intereses extranjeros, de cómo el pueblo merecía recuperar ese patrimonio, de cómo este tren era la demostración de que cuando el pueblo gobierna las cosas se hacen aunque los adversarios digan que no se pueden hacer, de cómo los datos confirmaban el avance, de cómo el pueblo sabía aunque la prensa fifí mintiera, de cómo él había venido a servir y no a servirse, de cómo los que dudaron ahora tendrían que reconocer, de cómo esto era apenas el comienzo.

Conté siete pausas dramáticas. Las pausas duraron entre cuatro y once segundos cada una. Las conocía tan bien que podía anticipar cuándo venía la siguiente por el patrón de la frase anterior, como se anticipa el estribillo de una canción que uno ha escuchado suficientes veces.

El público aplaudió en los momentos que los Coordinadores de Entusiasmo Republicano indicaron con un letrero luminoso que decía *APLAUSO* en letras grandes. Yo también aplaudí. Aplaudí con convicción porque la convicción no depende de si uno ya conoce el discurso o no, del mismo modo que uno puede cantar el himno nacional con emoción genuina aunque lo haya cantado mil veces, que eso no es repetición sino ritual y el ritual tiene su propia verdad que no se mide en novedad.

Luego subimos al tren.

El tren era hermoso. Eso lo digo sin reservas y con precisión técnica: era un tren bien diseñado, con vagones de interiores amplios, asientos cómodos en una tela de color que complementaba el guinda institucional sin reproducirlo exactamente, ventanas grandes, pasillos despejados, aire con temperatura agradable. Era el tipo de tren que en vida yo había visto en fotografías de sistemas ferroviarios de otros países y que había pensado que México merecía tener y que ahora el Paraíso tenía, lo cual era una confirmación de algo que yo no hubiera sabido formular exactamente pero que sentí como la satisfacción de un argumento largo que finalmente encuentra su evidencia.

Partimos.

El paisaje desde la ventana era selva. Selva densa, verde oscuro, con esa vitalidad exuberante del trópico que yo siempre asocié con algo anterior a la historia humana, algo que existía antes de que existiera cualquier cosa que el hombre hubiera construido o destruido. Me pareció hermoso. Lo anoté en mi libreta: *El tren atraviesa la selva con la naturalidad de algo que siempre debió haber estado ahí.*

A los cuarenta minutos de recorrido pasamos junto a una construcción a la mitad que un letrero exterior identificaba como *ESTACIÓN FUTURA — FASE 29 — EN CONSTRUCCIÓN*. La construcción tenía las columnas levantadas y parte del techo, sin paredes todavía, con maquinaria estacionada alrededor que no estaba en movimiento. Uno de los testigos de honor que viajaba frente a mí, un hombre con aspecto de ingeniero que traía una libreta llena de anotaciones técnicas y que había estado mirando por la ventana con

una concentración diferente a la mía, anotó algo con rapidez cuando vimos la estación.

—¿Lleva la cuenta de las estaciones? —le pregunté.

—De los radios de curvatura —dijo, sin levantar la vista de la libreta.

No supe qué significaba eso exactamente pero el tono en que lo dijo me produjo la sensación de que era información que él prefería tener aunque no pudiera hacer nada con ella.

A las dos horas y cuarto el tren redujo velocidad. Luego se detuvo.

No era estación. Era selva, igualmente hermosa pero sin andén ni letrero ni ninguna infraestructura que sugiriera que ese fuera un punto de parada previsto.

El sistema de sonido del vagón hizo un sonido breve y luego una voz dijo:

—Estimados pasajeros, el Tren de la Dignidad Perpetua realiza una pausa técnica de reconfiguración sistémica. El equipo de expertos en soberanía ferroviaria está atendiendo la situación con máxima prioridad republicana. Les pedimos su comprensión y paciencia, que son virtudes del pueblo transformador. En breve continuamos.

Esperamos.

A mi lado el ingeniero seguía anotando. Le pregunté qué anotaba ahora.

—El tiempo de parada —dijo.

—¿Para qué?

Me miró por primera vez desde que subimos.

—Para saber cuánto tiempo paramos —dijo, con la sencillez de quien tiene una relación muy directa con los datos.

Esperamos más.

Hermenegilda, a quien vi tres filas adelante cuando el tren se detuvo y que se acercó durante la espera con su carpeta bajo el brazo como siempre, me preguntó en voz baja si yo sabía cuándo llegaríamos. Le dije que no. Me preguntó si había leído el itinerario oficial. Le dije que sí, que el itinerario decía que el trayecto duraba ocho horas con posibilidad de optimización a seis en fases posteriores. Me dijo que llevábamos ya cinco horas sumando la espera. Le dije que entonces podíamos llegar en tres más si la pausa técnica se resolvía pronto. Me miró con la expresión de la carpeta y los separadores de colores.

—¿Has notado —dijo— que nadie ha explicado a dónde vamos exactamente?

Lo consideré.

—Al destino del itinerario —dije.

—¿Cuál es?

Busqué en mi memoria el itinerario. Tenía el nombre de la estación de llegada. Se llamaba *Estación de la Dignidad Plena Alcanzada*, que era un nombre que yo había leído sin cuestionarlo porque los nombres de las

estaciones son convenciones y las convenciones no requieren análisis, pero que ahora, ante la pregunta directa de Hermenegilda, producía la pregunta obvia de qué significaba exactamente dignidad plena alcanzada y cómo se verificaba su cumplimiento.

—No lo sé con precisión —admití.

Hermenegilda abrió la carpeta. Sacó el itinerario oficial que ella, naturalmente, había guardado desde la entrega inicial.

Lo leímos juntos. El destino era efectivamente la Estación de la Dignidad Plena Alcanzada. La descripción de la estación en el itinerario decía: *Terminal del recorrido. Zona de confluencia histórica. Acceso a servicios complementarios en desarrollo.*

—Servicios en desarrollo —dijo Hermenegilda.

—Fase 29, probablemente —dije.

Guardamos el itinerario.

Seis horas después de la pausa técnica el tren reanudó la marcha. El sistema de sonido agradeció la paciencia del pueblo transformador y anunció que llegaríamos a la estación alternativa de *Dignidad Provisional Sector Este*, que era, según el anuncio, en realidad más conveniente que el destino original porque estaba ubicada en el centro espiritual del sector, que tenía acceso directo a los módulos de bienestar comunitario y que su elección como terminal reflejaba la capacidad del sistema ferroviario de adaptarse dinámicamente a las necesidades reales del pueblo.

Nadie preguntó dónde estaba el centro espiritual del sector.

Nadie preguntó por qué no se llamaba así desde el principio.

Descendimos con la satisfacción ordenada de quienes han participado en algo histórico y que saben que la historia no siempre es cómoda en el momento en que ocurre pero que cobra su verdadero significado con la distancia.

En el andén de la Estación de la Dignidad Provisional Sector Este había un fotógrafo oficial que nos tomó la foto grupal de los testigos de honor con el tren al fondo. Yo salí en la segunda fila, entre Hermenegilda y el ingeniero de los radios de curvatura, con la chamarra puesta y una expresión que intenté que fuera de satisfacción histórica y que al ver el destello de la cámara me pregunté si había logrado.

En el camino de regreso al Sector 12, que tuve que hacer en el servicio de transporte alternativo porque el tren regresaba al día siguiente en horario por confirmar, abrí mi libreta en la página donde había anotado *El tren atraviesa la selva con la naturalidad de algo que siempre debió haber estado ahí.*

Lo leí.

Era una buena frase. La mantuve.

Pero debajo, después de un espacio, escribí otra que no había planeado escribir y que salió sola, con la letra ligeramente menos cuidada de las cosas que uno escribe sin revisarlas antes:

El tren llegó a un lugar que no era el que dijo que era.

La miré un momento.

No la taché.

Pero tampoco supe qué hacer con ella, que es a veces peor que tachar.

CAPÍTULO 7

La consulta popular y la voluntad siempre unánime del pueblo

Plaza de la Democracia Directa, Sector Cívico, Paraíso Verdadero.

La convocatoria a la Consulta Popular llegó con diez días de anticipación, que en el Paraíso era un plazo generoso y que yo recibí como señal de una institucionalidad madura, porque las democracias que funcionan dan tiempo suficiente para que el ciudadano se informe, reflexione y decida con libertad, que es exactamente lo que yo había defendido en veinte años de discursos sobre participación ciudadana y que ahora, por primera vez, iba a experimentar desde adentro en lugar de organizarlo desde afuera.

La pregunta de la consulta venía impresa en la misma hoja de la convocatoria. Ocupaba cuatro párrafos. Tenía tres cláusulas subordinadas, dos referencias a artículos del Reglamento de Participación Transformadora que no se citaban completos sino solo por número, y un par de términos técnicos que yo, con mis años de gestión política, conocía pero que no hubiera podido definir con precisión ante alguien sin mi formación. La pregunta, en síntesis, preguntaba si el pueblo del Paraíso estaba de acuerdo con la continuación y profundización del proceso transformador en todas sus dimensiones históricas, republicanas y comunitarias, con énfasis especial en los ejes estratégicos definidos por el Consejo de Dirección Eterna para el ciclo vigente y los subsecuentes.

Leí la pregunta completa tres veces. Luego la leí una vez más buscando la opción del No, que en toda consulta binaria existe aunque a veces requiere buscarse.

La encontré al final, en el párrafo cuatro, donde se explicaba que los participantes podían responder Sí en respaldo al proceso o No en caso de considerar que el proceso debía detenerse, revertirse o someterse a una revisión que implicara el regreso a los esquemas del periodo anterior a la transformación, con todo lo que eso conllevaba en términos de privatización, corrupción, olvido del pueblo y restauración de los privilegios de las élites que durante décadas habían sometido a la mayoría.

Eso era el No. Cuatro líneas que no describían una opción alternativa sino las consecuencias de no elegir la opción disponible. No era exactamente una pregunta. Era más bien la formulación que uno encuentra cuando la respuesta ya está decidida y la pregunta existe para darle forma de decisión a lo que es en realidad una confirmación.

Guardé la convocatoria. Me dije que la redacción era imperfecta pero que la imperfección en la redacción no invalida el principio. El principio era correcto: preguntar al pueblo. Que la pregunta fuera difícil de responder con

No era un problema de forma, no de fondo. Distinguir entre forma y fondo era una habilidad que yo había cultivado toda la vida y que me había permitido mantener la fe en las instituciones incluso cuando las instituciones fallaban, que era la única manera de que las instituciones mejoraran, porque quien abandona la institución cuando falla pierde la posibilidad de corregirla desde adentro.

Ese argumento lo había usado muchas veces. Sonó igual que siempre en mi cabeza. Pero algo en el eco fue levemente distinto, como cuando uno escucha una grabación de su propia voz y reconoce el contenido pero no del todo el tono.

Para votar necesitaba cuatro documentos. Dos los tenía: mi credencial de Servidor de la Nación y mi constancia de residencia en la Unidad Habitacional Bienestar Pleno expedida por la Coordinación de Asignación Habitacional. Los otros dos eran la Certificación de Participación Activa en el Ciclo Vigente, que se obtenía en la Oficina de Registro Cívico del Sector 5 con al menos cinco días hábiles de anticipación a la consulta, y el Comprobante de Actualización Ideológica, que era la constancia del módulo de Abundio.

La constancia del módulo la tenía. La Certificación de Participación Activa requería una visita al Sector 5, que hice al día siguiente de recibir la convocatoria, con nueve días de margen, que me pareció suficiente. En el Sector 5 me dijeron que la Certificación se emitía en cinco días hábiles contando desde el día siguiente a la solicitud, no desde el día de la solicitud, y que los días hábiles no incluían los días de mantenimiento sistémico, que ese ciclo caían en martes y jueves. Con ese cálculo la Certificación estaría lista para el octavo día antes de la consulta, que era también el último día para obtenerla porque el proceso de votación requería presentar los documentos con al menos veinticuatro horas de anticipación para su validación previa en el Módulo de Verificación Electoral.

Le pregunté a la funcionaria que me atendió si ese margen era suficiente.

Calculó en silencio.

—Si no hay imprevistos —dijo.

Le pregunté qué tipo de imprevistos.

—Los habituales —dijo, sin especificar, con el tono de quien asume que los imprevistos habituales son de conocimiento general.

Volví al octavo día. La Certificación estaba lista. La recogí. Fui al Módulo de Verificación Electoral. Presenté los cuatro documentos. Los revisaron. Me dieron un comprobante de validación y me indicaron la casilla que me correspondía según mi sector de residencia, que quedaba en la Plaza de la Democracia Directa, Módulo C, mesa 14.

La Plaza el día de la consulta era un espacio organizado con la eficiencia que yo siempre admiré en los procesos electorales bien conducidos: filas ordenadas, módulos identificados, personal suficiente en cada mesa, urnas visibles, ambiente de seriedad cívica que en mi experiencia es el clima

emocional correcto para el ejercicio de la democracia porque la democracia es un acto serio aunque sus resultados sean alegres.

Hermenegilda estaba en la fila de mi módulo, tres personas adelante. Tenía la carpeta. Por supuesto.

Me acerqué a saludarla. Me dijo que estaba en su cuarta consulta desde que llegó al Paraíso. Le pregunté sobre las anteriores. Me dijo que en la primera había votado Sí con convicción. En la segunda también, aunque con algunas preguntas que decidió guardar para después. En la tercera votó Sí porque era lo que correspondía hacer y porque las alternativas no estaban formuladas de manera que permitieran elegir algo diferente sin elegir también cosas que ella no quería elegir.

—¿Y en esta? —pregunté.

Me miró con los ojos de la carpeta y los separadores de colores.

—En esta —dijo— voy a votar Sí porque tengo los cuatro documentos y llegué hasta aquí y ya.

Procesé eso. Era una descripción de la participación democrática que yo nunca hubiera formulado así, pero que al escucharla reconocí como una descripción perfectamente exacta de cómo funciona la participación cuando el proceso de obtener los documentos consume más energía que la decisión misma.

Voté.

El acto de votar duró cuarenta segundos. Recibir la boleta, marcar el Sí, doblarla, depositarla en la urna, recibir el comprobante de votación con el sello de participación. Cuarenta segundos después de nueve días de gestión documental. La proporción me pareció, en el momento, simplemente la proporción que era, sin implicaciones adicionales.

El resultado se anunció esa misma noche en todos los altavoces del Paraíso simultáneamente, con la voz del Director de Participación Ciudadana Transformadora, que tenía el tono de quien anuncia algo que ya sabía que iba a anunciar pero que celebra con la misma intensidad que si lo descubriera en ese momento.

Noventa y siete punto tres por ciento a favor del Sí. Participación del ochenta y nueve por ciento del padrón electoral celestial. Resultado histórico. Manifestación inequívoca de la voluntad del pueblo transformador.

Esa noche en el pasillo del edificio el señor del 7-B, que salía a depositar una nueva caja de comunicados oficiales en el cuarto que ya casi no tenía espacio para más cajas, me preguntó si había votado.

Le dije que sí.

—Todos votamos —dijo, con una satisfacción que era genuina aunque yo no pude determinar si era satisfacción por haber votado o por el resultado o por el porcentaje o por los tres simultáneamente.

—Noventa y siete punto tres —dije.

—Siempre —dijo.

Lo miré.

—¿Siempre noventa y siete punto tres?

Me miró con la expresión del funcionario que sabe que acaba de decir algo que debería no haber dicho y que calcula en tiempo real si hay manera de redirigir la conversación.

—En las consultas que yo he vivido —dijo finalmente— el resultado ha sido siempre muy similar. Lo cual demuestra la consistencia de la voluntad del pueblo, que es una característica que los críticos del proceso interpretan como sospecha pero que los que conocemos al pueblo sabemos que es simplemente la expresión natural de una mayoría que sabe lo que quiere.

Era un argumento que yo había usado. Palabra por palabra, prácticamente. Lo reconocí con la incomodidad específica de quien se escucha en una grabación y nota algo en el tono que en el momento de hablar no notó.

—¿Cuántas consultas ha habido? —pregunté.

—Muchas —dijo, y entró a su departamento con la caja.

Esa noche los altavoces repitieron el resultado varias veces, con variaciones menores en la redacción pero no en los números. Noventa y siete punto tres. Ochenta y nueve por ciento de participación. Voluntad inequívoca.

Yo estaba en la cama con los ojos abiertos mirando la grieta del techo en forma de río, que seguía igual que siempre, que nunca crecía ni se cerraba sino que permanecía exactamente como era, y pensaba en los nueve días de gestión documental y en los cuarenta segundos del voto y en Hermenegilda diciendo *voy a votar Sí porque tengo los cuatro documentos y llegué hasta aquí y ya*, y pensaba en el señor del 7-B diciendo *siempre* antes de corregirse.

No era desconfianza lo que sentía. Me importaba identificarlo con precisión porque la desconfianza es una categoría moral y lo que yo sentía no tenía esa cualidad moral todavía. Era algo más parecido a una pregunta aritmética: si el resultado siempre es el mismo número, ¿qué mide ese número?

Una consulta que siempre produce el mismo resultado no está midiendo la voluntad del momento. Está midiendo otra cosa o no está midiendo nada o está produciendo el número que el sistema necesita para seguir funcionando como si midiera algo.

Ninguna de esas tres opciones era la que me habían enseñado que era una consulta popular.

Los altavoces anunciaron por cuarta vez el noventa y siete punto tres.

Cerré los ojos.

En mi libreta, que tenía sobre el pecho como a veces hacía cuando no podía dormir, escribí a oscuras, sin ver lo que escribía, una sola pregunta:

¿Qué votaría el pueblo si pudiera votar lo que quisiera?

No la taché. Pero tampoco la respondí, porque responderla requería asumir algo sobre el resultado que yo todavía no estaba listo para asumir, o quizás

sí estaba listo pero asumir las cosas para las que uno está listo es a veces más difícil que asumir las que todavía no comprende del todo.

Los altavoces siguieron.

La grieta del techo no cambió.

El noventa y siete punto tres flotó en el cuarto toda la noche como un número que había dejado de ser un número para convertirse en otra cosa, y yo no encontré en mi vocabulario, que era extenso y bien ejercitado, la palabra para nombrar exactamente en qué se había convertido.

CAPÍTULO 8

Los enemigos del pueblo y su función necesaria

Tribunal de la Verdad Histórica, Sector Judicial, Paraíso Verdadero.

La citación llegó un miércoles con membrete del Tribunal de la Verdad Histórica, Sector Judicial, y un sello rojo que yo no había visto antes en ningún documento del Paraíso y que por su color y su tamaño comunicaba una urgencia que los sellos guinda habituales no tenían. Me citaban como testigo en el Juicio Perpetuo contra Los Adversarios, sesión ordinaria del ciclo vigente, en calidad de declarante voluntario con comparecencia obligatoria, que era otra de esas formulaciones que yo reconocía de inmediato en sus implicaciones prácticas.

No pregunté quiénes eran Los Adversarios. En el Paraíso ese nombre circulaba con la familiaridad de algo que todos conocen y nadie necesita definir, como los conceptos que existen antes de que nadie los aprenda porque el ambiente mismo los transmite. Yo los había mencionado en mis propios discursos desde hacía ciclos sin haberlos visto nunca en persona, que es también como funcionan en la política real, donde el adversario es más útil como categoría que como individuo concreto porque el individuo concreto tiene matices y la categoría no los necesita.

El Tribunal quedaba en el Sector Judicial, que era la zona del Paraíso que yo menos había visitado y que tenía una arquitectura diferente al resto: más vertical, más oscura en los materiales aunque la claridad guinda lo iluminara igual que todo lo demás, con pasillos más largos y puertas más pesadas y un silencio de institución que se toma a sí misma con seriedad absoluta. El edificio del Tribunal tenía capacidad declarada para diez mil almas según el letrero en la entrada, distribuidas entre el auditorio principal, las salas auxiliares y las áreas de espera de testigos, que era donde me condujeron al llegar.

El área de espera de testigos era una sala larga con sillas metálicas dispuestas en filas, ocupada en sus primeras tres filas por personas con la expresión de quien lleva tiempo esperando ser llamado y ha encontrado en la espera un estado de equilibrio que no es exactamente comodidad pero tampoco es malestar, sino la zona intermedia donde uno existe cuando ha renunciado a calcular cuánto falta.

Me senté. A mi derecha había un hombre de unos cincuenta años con traje y la postura de quien en vida tuvo cargo y que en la muerte sigue

proyectando el cargo aunque el cargo ya no exista. A mi izquierda una mujer con cuaderno que tomaba notas con la metodicidad de quien documenta por hábito aunque no sepa todavía para qué le servirá la documentación.

Le pregunté al hombre del traje cuánto tiempo llevaba esperando.

—Varios ciclos —dijo—. Me citan regularmente. Soy testigo habitual.

Le pregunté de qué.

—De lo mismo de siempre —dijo—. De que Los Adversarios hicieron lo que hicieron. El tribunal necesita testimonios que lo confirmen periódicamente para mantener el expediente activo.

Le pregunté si el expediente alguna vez se cerraba.

—Es un juicio perpetuo —dijo, con el tono de quien explica algo obvio—. Perpetuo significa que no termina. Si terminara dejaría de ser perpetuo.

Consideré la lógica. Era impecable en sus propios términos.

Me llamaron a las dos horas de espera. La sala del juicio era efectivamente grande, con capacidad para miles, pero usaba únicamente las primeras tres filas de asientos para el público, que estaba compuesto por otras personas citadas como testigos y por lo que parecían ser funcionarios del Tribunal en distintos rangos, identificables por el color de sus credenciales. El estrado era elevado, con el escudo del Tribunal al centro y tres figuras sentadas detrás de una mesa larga que yo identifiqué como los Jueces de la Verdad Histórica por el tamaño de sus credenciales, que eran considerablemente más grandes que las del resto.

El Fiscal de la Verdad Republicana, que era quien conduciría mi testimonio, era un hombre de voz precisa y gestos medidos que me recibió con la cortesía específica de quien necesita algo de uno y lo sabe y prefiere obtenerlo por las buenas porque obtenerlo por las malas requiere más papeleo.

Me explicó el procedimiento. Yo daría testimonio sobre mis observaciones respecto a las actividades de Los Adversarios, entendidos como todas aquellas entidades, fuerzas, individuos o tendencias que habían operado históricamente en contra del proceso transformador, dentro o fuera del Paraíso, en el periodo que abarcaba desde el inicio de los tiempos hasta el presente. Mi testimonio sería incorporado al expediente general y contribuiría a la construcción del registro histórico oficial de los daños causados por Los Adversarios al pueblo transformador.

—¿Debo haber observado algo específico? —pregunté.

—Lo que haya observado —dijo el Fiscal— es lo que necesitamos. El Tribunal no prescribe el contenido del testimonio. El Tribunal recibe lo que el testigo aporta y lo contextualiza en el marco del expediente general.

Era una formulación que me dejaba un margen amplio. Margen amplio en un contexto judicial es o una generosidad o una trampa y la diferencia entre las dos no siempre es visible desde adentro.

Declaré.

Dije lo que sabía. Que en mis años de militancia había observado resistencias al proceso transformador provenientes de sectores con intereses creados en el sistema anterior. Que la prensa de cierta tendencia había publicado información que yo consideraba sesgada. Que había empresarios que preferían la incertidumbre a la transformación porque la incertidumbre al menos era conocida. Que había académicos que usaban la complejidad del lenguaje para oscurecer verdades que el pueblo entendía con claridad sin necesidad de mediación intelectual.

El Fiscal tomaba notas. Asentía. Hacía preguntas que orientaban mi testimonio hacia áreas específicas: ¿había observado sabotaje? ¿Había notado coordinación entre distintos actores adversariales? ¿Podía describir patrones de comportamiento que distinguieran a los adversarios de los ciudadanos ordinarios confundidos?

Respondí con cuidado. Dije que había observado resistencia, que la resistencia podía interpretarse como sabotaje en ciertos contextos, que la coordinación era difícil de probar pero que los patrones convergentes sugerían algo más que coincidencia. Cada respuesta era técnicamente verdadera en sus propios términos y al mismo tiempo era, lo fui notando conforme avanzaba la declaración, ligeramente más de lo que yo había observado en realidad y ligeramente menos de lo que el Fiscal parecía necesitar, de modo que cada pregunta siguiente me llevaba un paso más allá del territorio que yo podía verificar personalmente y un paso más cerca del territorio donde el testimonio deja de ser memoria y se convierte en otra cosa.

En un momento el Fiscal me preguntó si yo podía confirmar que el descarrilamiento del Tren Maya en el que había fallecido era un acto de sabotaje adversarial.

Me detuve.

En mis declaraciones anteriores, en vida, cuando alguien me había preguntado por el descarrilamiento, yo había dicho que era un accidente técnico lamentable. Lo había dicho porque eso creía. Lo seguía creyendo, en la medida en que yo podía creer algo sobre un evento del que solo recordaba el interior del vagón, la selva, el movimiento, el silencio.

—No puedo confirmarlo —dije.

El Fiscal me miró.

—¿No puede o no quiere? —dijo, con la misma cortesía de antes pero con algo en el borde que antes no estaba.

—No puedo —dije—. No tengo elementos para confirmar una causalidad que no observé directamente.

El Fiscal hizo una nota. Larga. Más larga que las anteriores.

—Su testimonio es valioso —dijo finalmente—. El Tribunal lo incorporará al expediente con la clasificación correspondiente a su nivel de certeza declarada.

No me explicó qué significaba esa clasificación. No pregunté. Había aprendido, en ciclos de vida en el Paraíso, que hay preguntas cuya

respuesta uno prefiere no tener por qué tenerla obliga a hacer algo con ella y hacer algo con ella requiere energía que uno todavía no sabe si tiene.

Al salir de la sala me crucé en el pasillo con el joven del 7-D, el que llegó sin saber bien por qué y que había aprendido a no hacer preguntas. No esperaba verlo ahí. Tampoco él parecía esperar verme, o si lo esperaba no lo mostró. Me miró. Yo lo miré. Fue un intercambio de menos de tres segundos que tuvo la densidad de una conversación larga.

No le dije nada. Él tampoco me dijo nada. Seguimos en direcciones opuestas por el pasillo.

En el área de espera, al recoger mis cosas antes de salir, vi al hombre del traje todavía sentado en su silla, esperando ser llamado de nuevo o esperando que lo llamaran por primera vez en esa sesión, no supe cuál. Tenía la postura del cargo que ya no existe pero que el cuerpo recuerda.

La mujer con cuaderno seguía tomando notas.

Le pregunté qué anotaba.

—Lo que escucho —dijo sin levantar la vista.

—¿Para qué?

—Para tener registro —dijo—. Si alguien alguna vez necesita saber lo que pasó aquí, que exista al menos una versión que no sea la oficial.

La miré un momento.

—¿Y si nadie la necesita nunca? —dije.

Levantó la vista del cuaderno por primera vez.

—Entonces no sirvió de nada —dijo—. Pero si no la escribo y alguien la necesita, tampoco sirve de nada. De los dos tipos de inútil, prefiero el primero.

Salí al pasillo principal del Tribunal. Las paredes tenían retratos de los Jueces de la Verdad Histórica de distintos ciclos, todos con la misma expresión de solemnidad institucional, todos con credenciales de tamaño considerable. Al final del pasillo, antes de la puerta de salida, había un mural que representaba a Los Adversarios como figuras sombrías sin rostro definido que se alejaban ante la luz del proceso transformador. Era un mural técnicamente inferior al de la Universidad Popular: el trazo menos seguro, la composición menos equilibrada, los colores más planos.

Me pregunté si la calidad del arte institucional decrecía en proporción a la urgencia del mensaje que intentaba comunicar, y si esa proporción era una ley o una tendencia o simplemente una coincidencia de los dos ejemplos que yo había observado, que era una muestra demasiado pequeña para establecer nada con certeza estadística.

Afuera la claridad guinda era la de siempre. Caminé hacia el Sector 12 por la ruta que ya conocía, que era más larga que la del mapa pero más confiable porque el mapa seguía siendo aspiracional.

En mi libreta esa noche no escribí sobre el Tribunal. Escribí sobre el joven del 7-D y los tres segundos en el pasillo y la pregunta que esos tres segundos me habían dejado sin palabras suficientes para formularla entera.

La pregunta tenía que ver con lo que yo había dicho en la sala y lo que había decidido no decir y la diferencia entre las dos cosas y si esa diferencia tenía nombre y si ese nombre era el mismo que yo hubiera usado antes de llegar al Paraíso o si era uno nuevo que el Paraíso estaba construyendo en mí sin que yo lo hubiera pedido y sin que pudiera devolverlo una vez que tuviera forma completa.

No terminé la frase en la libreta.

La dejé así, con el espacio después del último renglón, que es a veces la forma más honesta de terminar algo que todavía no ha terminado.

CAPÍTULO 9

La prensa libre del pueblo libre de la prensa

Sala de Conferencias de la Verdad, Mañanera Eterna, Paraíso Verdadero.

El honor llegó sin que yo lo solicitara, que es la forma más convincente en que pueden llegar los honores porque los que uno solicita siempre tienen el sabor de la deuda y los que llegan solos tienen el de la validación. Una mañana encontré bajo la puerta del 7-C una nota membretada de la Dirección General de Comunicación Transformadora que me informaba que había sido seleccionado para asistir en persona a La Mañanera Eterna, la conferencia diaria del Profeta, en calidad de público distinguido del ciclo vigente.

Público distinguido. Lo guardé junto a testigo de honor, que ya tenía su lugar en el inventario de reconocimientos que el Paraíso había ido depositando en mí y que yo coleccionaba con la satisfacción discreta del hombre que no presume pero tampoco descarta.

La Sala de Conferencias de la Verdad era un recinto de dimensiones considerables en el Sector de Comunicación, con capacidad para varios cientos de personas distribuidas en sillas de plástico blanco dispuestas en filas frente a un estrado donde estaba el atril con el logotipo del Paraíso, dos pantallas laterales que mostraban gráficas en tiempo real, y al fondo una pared con el mapa del territorio celestial donde se iluminaban, con puntos guinda parpadeantes, los sectores que según los datos del ciclo presentaban los índices de bienestar más altos, que resultaban ser siempre todos los sectores simultáneamente, lo cual yo interpreté como un logro de política pública de distribución equitativa verdaderamente excepcional.

Los periodistas estaban en las filas traseras.

Eso lo noté al entrar: el público distinguido ocupaba las primeras filas con sillas más cómodas y acceso directo a la vista del estrado, y los periodistas estaban detrás, en filas de plástico idéntico al del resto pero colocadas a una distancia del estrado que requería cierto esfuerzo visual para leer las gráficas de las pantallas. Cada periodista tenía una credencial grande con la leyenda *PRENSA* y debajo, en letra más pequeña, una categoría que

variaba entre *Medio Registrado*, *Colaborador Informativo* y, en dos casos que pude leer desde mi distancia, *En Proceso de Validación*, que era una categoría cuyas implicaciones prácticas preferí no investigar en ese momento.

Lo que todos los periodistas tenían en común era la mano.

No todos levantaban la mano en el mismo momento, pero había siempre al menos tres o cuatro con la mano levantada, y en los momentos de mayor actividad llegaban a ser quince o veinte, un bosque de brazos extendidos hacia el estrado con la esperanza específica de quien lleva levantada la mano suficiente tiempo como para que el gesto ya no sea urgente sino persistente, ya no sea petición sino postura, ya no comunique *tengo una pregunta* sino simplemente *sigo aquí*.

El Profeta llegó.

O más bien: las luces del estrado se ajustaron, el sistema de sonido produjo un tono breve, las pantallas cambiaron de las gráficas al logotipo del Paraíso y luego a la imagen del Profeta en el atril, y la voz que yo había escuchado en los altavoces del edificio cada noche desde mi llegada llenó la sala con una presencia física que los altavoces no podían reproducir del todo: era una voz que ocupaba el espacio de una manera que yo solo había experimentado antes en los mítines de los primeros años, cuando el movimiento todavía tenía la energía de lo que empieza y la multitud era combustible y la voz era la chispa y todo ardía con la intensidad particular de las cosas que suceden por primera vez.

Ahora no era la primera vez. Era la vez número imposible de contar. Pero la voz era la misma.

Habló.

Habló de los adversarios. Habló de los datos que lo confirmaban todo, que estaban en las pantallas y que las pantallas mostraban con una velocidad que impedía leerlos pero que su presencia visual era suficiente para comunicar que existían y que eran favorables. Habló de su infancia en Tabasco con el detalle afectuoso de quien regresa a un lugar que ama y que cada vez que regresa encuentra que el lugar es exactamente como lo recordaba, sin la erosión que el tiempo produce en los lugares reales. Habló de los logros del ciclo vigente. Habló de la grandeza del ciclo siguiente. Habló de los que dudaron y de cómo los hechos les darían la respuesta que él prefería no dar personalmente porque él no era rencoroso, que eso se los dejaba a ellos.

Yo escuchaba con la atención de quien asiste a algo que conoce pero que en ese contexto adquiere dimensiones nuevas. Era como leer un libro que uno ha leído muchas veces en una edición nueva con ilustraciones: el texto es el mismo, pero verlo en el espacio físico, con el estrado y las pantallas y el público y los periodistas con la mano levantada, añadía una capa que los altavoces nocturnos no transmitían.

La capa era esta: en los altavoces la voz era un fenómeno sonoro. En la sala la voz era una relación de poder. Y la relación de poder se veía en los periodistas.

Los observé durante cuarenta minutos mientras el Profeta hablaba. Los observé con la atención de quien ha pasado suficiente tiempo en instituciones como para leer lo que los cuerpos dicen cuando las palabras no están disponibles. Lo que los cuerpos de los periodistas decían era complejo y consistente: había en ellos una mezcla de concentración profesional, frustración contenida y algo que yo tardé en nombrar y que finalmente identifiqué como resignación activa, que es distinta de la resignación pasiva en que la activa todavía hace algo aunque sepa que ese algo no cambiará el resultado.

Lo que hacían era tener la mano levantada. Seguían levantándola. A pesar de todo.

Una mujer en particular me llamó la atención. Estaba en la tercera fila de la zona de prensa, con una credencial de *Medio Registrado* y una libreta sobre las rodillas donde anotaba con regularidad aunque la conferencia no producía en ese momento ninguna información nueva que anotar, lo cual sugería que anotaba algo distinto a lo que se decía, quizás lo que no se decía, quizás el tiempo que llevaba con la mano levantada, quizás la distancia entre la pregunta que tenía y la posibilidad de hacerla.

Llevaba la mano levantada desde que yo había entrado a la sala.

En el receso, que ocurrió cuando el Profeta anunció una pausa de diez minutos para que el pueblo procesara la información recibida y el sistema de sonido reprodujo música instrumental de fondo, me acerqué a la zona de prensa. No había nada que lo impidiera explícitamente aunque tampoco había nada que lo invitara, que es la zona gris donde uno actúa según su propio criterio y asume las consecuencias.

Me senté en la silla vacía junto a la mujer de la libreta.

Me miró con la expresión de quien evalúa rápidamente si la presencia del otro es una amenaza, una curiosidad o una irrelevancia, y que determinó que yo era probablemente la tercera opción aunque con reserva.

Le pregunté cuánto tiempo llevaba con la mano levantada.

—Desde que llegué al Paraíso —dijo, con la neutralidad de quien da un dato.

—¿Y nunca le han dado la palabra?

—Una vez —dijo—. Al principio. Cuando todavía creían que las preguntas podían ser útiles para algo.

—¿Para qué creían que eran útiles?

Me miró como si la pregunta fuera más interesante de lo que yo pretendía.

—Para informar —dijo—. Una conferencia de prensa existe para que el poder responda preguntas que el poder preferiría no responder. Eso es lo que hace la prensa: formular en público lo que el poder quisiera mantener en privado. Si el poder responde, hay información. Si no responde, también

hay información, porque la negativa dice algo. Pero si la pregunta nunca se hace, no hay nada. Solo el monólogo del poder sobre sí mismo.

Procesé eso.

—¿Y su pregunta? —dije—. La que llevaría desde el principio. ¿Cuál es?

Me miró un momento largo. Luego la dijo, con la voz de quien recita algo que ha repetido internamente tantas veces que ya no necesita pensar las palabras:

—¿Cómo se mide si el proceso está funcionando para el pueblo o únicamente para quienes lo administran?

El silencio después de la pregunta duró lo que dura una pregunta que no tiene respuesta disponible en el vocabulario del sistema al que se dirige.

—Es una buena pregunta —dije.

—Lo sé —dijo—. Por eso nunca me la conceden.

El receso terminó. La voz regresó al estrado. Las pantallas volvieron a las gráficas. Los periodistas levantaron las manos. La mujer de la libreta levantó la suya con el mismo gesto de siempre, firme, sin urgencia, como quien planta una bandera en un territorio que sabe que no va a conquistar pero que tampoco va a abandonar.

Yo volví a mi silla en las primeras filas.

La conferencia continuó durante tres horas más. El Profeta habló del combate a la corrupción, de los índices de pobreza que bajaban según los datos que las pantallas mostraban demasiado rápido para leerlos, de un pueblo que por primera vez en su historia tenía un gobierno que lo amaba, de los adversarios que seguían intentando detener lo que ya no se podía detener, de su propio cansancio que sin embargo nunca lo detendría porque el compromiso con el pueblo no tiene horario ni jubilación.

En ningún momento de las tres horas concedió la palabra a nadie de la zona de prensa.

Al salir, en el pasillo, me encontré con Refugio, la maestra de Michoacán del módulo de Abundio, que salía de una sala contigua donde al parecer había otra actividad simultánea de la que yo no tenía información. Me preguntó cómo me había ido. Le dije que había asistido a La Mañanera Eterna. Me preguntó qué me había parecido.

Estuve a punto de decir lo que siempre decía: que era impresionante, que la voz tenía una presencia que los altavoces no transmitían, que el Profeta mantenía una energía que admiraba.

Todo eso era verdad. Y también era verdad lo otro, lo que había visto en la zona de prensa, la mano levantada durante años, la pregunta que no tenía respuesta disponible en el vocabulario del sistema.

—Complejo —dije finalmente.

Refugio me miró con algo que no era sorpresa sino reconocimiento.

—Bienvenido —dijo, y siguió su camino.

No me explicó a qué me daba la bienvenida. No necesité que lo hiciera.

Esa noche en mi libreta escribí la pregunta de la periodista completa, con sus palabras exactas, porque era la primera vez que yo la escuchaba formulada así y quería que existiera en algún lugar fuera de la cabeza de ella por si acaso la cabeza de ella dejaba algún día de sostenerla.

Luego apagué la luz.

Los altavoces empezaron. La voz dijo lo de siempre. Yo lo escuché con los ojos abiertos en la oscuridad, buscando en la cadencia conocida la respuesta a la pregunta que la periodista llevaba años sosteniendo con el brazo en alto, y no la encontré, que era exactamente lo que ella ya sabía y lo que yo estaba aprendiendo a saber también, con el retraso específico de quien llega tarde a una verdad que otros llevan mucho tiempo habitando.

La grieta del techo seguía siendo un río que no iba a ninguna parte.

O quizás sí iba a alguna parte y yo todavía no había aprendido a leer hacia dónde.

CAPÍTULO 10

La cultura que dignifica y los artistas que sirven

Gran Foro de la Expresión Popular Transformadora, Sector Cultural, Paraíso Verdadero.

El Festival Eterno de la Cultura Republicana no tenía fecha de inicio porque había comenzado antes de que yo llegara y no tendría fecha de término porque era, según el programa oficial que recogí en la entrada del Gran Foro, una celebración permanente de la identidad transformadora del pueblo celestial, que se expresaba sin interrupción porque la cultura auténtica no necesita descanso sino únicamente voluntad histórica y compromiso con las raíces comunitarias que el neoliberalismo había intentado extirpar sin lograrlo del todo gracias a la resistencia silenciosa del pueblo que nunca dejó de ser pueblo aunque le dijeran que ser pueblo era una limitación.

Fui un miércoles sin mantenimiento sistémico, que era mi criterio principal para organizar las actividades que dependían de mi propia agenda y no de convocatorias institucionales. Fui solo porque Hermenegilda tenía turno en la Oficina de Certificación de Autenticidad Transformadora para el tercer intento de validación de un documento cuya historia yo ya conocía en sus detalles principales, y el señor del 7-B rara vez salía del edificio en los días en que esperaba comunicados oficiales, que eran la mayoría de los días.

El Gran Foro era un complejo de varios espacios interconectados: un auditorio principal, tres salas laterales de exposición, un patio central donde se realizaban las danzas folclóricas y un área de conciertos al aire libre que la claridad guinda del Paraíso iluminaba con la misma pareja uniformidad que todo lo demás, sin la diferencia entre luz de escenario y luz de butaca que en los foros reales produce esa separación dramática entre el que actúa y el que mira.

El cartel del festival era extenso. Danzas folclóricas de las treinta y siete regiones culturales del Paraíso, ejecutadas en el orden cronológico de su

incorporación al repertorio oficial y con la duración exacta que el Consejo de Expresión Auténtica había determinado como representativa de cada tradición sin exceder el tiempo que la audiencia podía sostener sin pérdida de atención republicana. Conferencias sobre el legado cultural del Profeta, incluyendo su contribución a la recuperación de la memoria histórica, su papel en la dignificación del folclor nacional y su visión de una cultura sin intermediarios que distorsionaran el mensaje directo del pueblo hacia el pueblo. Exposición de arte comprometido, que era como el programa llamaba a la colección permanente del Foro.

Entré a la exposición primero.

El arte comprometido ocupaba tres salas conectadas por pasillos donde estaban instaladas, en marcos institucionales de tamaño uniforme, las obras de los artistas del Paraíso. Las obras representaban, con variaciones de estilo pero no de tema, las mismas escenas: el pueblo trabajando con la satisfacción visible de quien trabaja en algo propio, el pueblo votando con la expresión de quien ejerce una libertad conquistada, el pueblo recibiendo apoyos directos con la dignidad de quien recibe lo que le corresponde y no la caridad de quien da lo que le sobra, el pueblo reunido en asamblea con la atención colectiva de quien sabe que lo que se decide ahí importa.

Las obras estaban bien ejecutadas en términos técnicos. Había dominio del color, composición razonada, oficio visible en el trazo. Lo que no había era lo que yo tardé varios minutos en identificar porque su ausencia no produce una imagen sino un vacío: no había conflicto. En ninguna de las treinta y cuatro obras que conté en las tres salas había un solo personaje en tensión interna, en duda, en contradicción. Todos los rostros expresaban una cosa a la vez. Todos los cuerpos hacían una cosa a la vez. El mundo representado era un mundo donde las cosas eran lo que parecían y las personas eran lo que hacían y nada era ambiguo.

Me pregunté si eso era el arte del Paraíso o si era simplemente una tendencia de esa colección particular, y salí a buscar algo que me diera más información.

Lo encontré en el patio central, no en las paredes sino en un banco de madera, sentado con un cuaderno sobre las rodillas y una expresión de concentración que yo reconocí como la de quien escribe algo difícil, no difícil en la técnica sino difícil en otra dimensión que no tiene nombre preciso pero que produce en el cuerpo una postura específica, ligeramente encorvada, como si el peso de lo que se escribe requiriera aproximarse a la página.

Era un hombre de unos cuarenta y cinco años con las manos manchadas de tinta, no la tinta del bolígrafo que usaba ahora sino una tinta más vieja, más profunda, que sugería años de trabajo con materiales. Le pregunté si podía sentarme. Me indicó el espacio a su lado con un gesto que era invitación sin ser bienvenida, que es la hospitalidad de quien no rechaza la compañía pero tampoco la buscaba.

Se llamaba Cayetano. Había sido poeta, me dijo, con el tono específico con que se usa el tiempo pasado para una actividad que uno sigue haciendo

pero que ha cambiado de naturaleza de una manera que el tiempo presente ya no captura con exactitud.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Ahora escribo odas —dijo.

Le pregunté la diferencia.

Me miró con los ojos de alguien que tiene mucho que decir sobre eso y que ha aprendido a decirlo en dosis que el contexto pueda sostener.

—Un poema —dijo— parte de una pregunta que el poeta no sabe responder. La escritura es el intento de respuesta, que generalmente produce más preguntas. Una oda parte de una respuesta que ya existe y construye hacia atrás la pregunta que la justifica. En la oda el destino está decidido desde el principio. En el poema no.

—¿Y qué prefiere usted?

—Lo que prefiero —dijo— y lo que escribo son cosas distintas desde que llegué al Paraíso.

Le pregunté qué escribía en ese momento en el cuaderno, si era una oda o un poema.

Dudó. Cerró el cuaderno con un movimiento que era protección más que ocultamiento.

—Estoy intentando recordar cómo se empieza un poema —dijo—. Llevo mucho tiempo escribiendo odas y el músculo del poema se ha atrofiado. Uno no lo nota mientras escribe odas porque las odas también requieren técnica y la técnica mantiene ocupado al escritor. Pero hay un momento en que uno intenta hacer algo distinto y descubre que la herramienta ya no responde igual.

—¿Y lo logra? ¿Recordar cómo se empieza?

Me miró con algo que en otro contexto hubiera sido esperanza y que aquí era más parecido a la esperanza que se tiene cuando uno no tiene certeza de que lo que espera pueda ocurrir pero tampoco tiene certeza de que no pueda.

—Todavía no —dijo—. Pero sigo intentándolo.

Estuve con Cayetano en el patio hasta que comenzaron las danzas folclóricas, que él miró con la atención de quien estudia algo que aprecia y que al mismo tiempo lamenta, que son dos actitudes difíciles de sostener simultáneamente pero que en él coexistían con la naturalidad de algo que lleva mucho tiempo practicando.

Las danzas eran buenas. Eso lo digo con la misma precisión con que dije que el tren era hermoso: técnicamente buenas, ejecutadas con precisión y dedicación por bailarines que claramente dominaban su tradición y la respetaban. Pero había en cada transición entre una danza y la siguiente un momento de uniformidad, el momento en que la danza anterior terminaba y la siguiente comenzaba, en que todas las tradiciones convergían en el mismo formato de presentación, la misma duración, el mismo nivel de intensidad, como si la diversidad cultural del Paraíso hubiera sido procesada

por un tamiz que conservaba las formas externas y normalizaba las diferencias internas hasta que todo cabía en el mismo contenedor.

En el concierto posterior, el Grupo Oficial de Música Transformadora interpretó un repertorio de canciones que yo conocía porque eran las mismas que sonaban en los altavoces durante las asambleas y en el sistema de sonido de los módulos de atención y en los eventos institucionales de todos los sectores. Las canciones eran pegajosas con la efectividad de lo que ha sido diseñado para ser recordado, que es una habilidad completamente distinta a la de hacer música que permanece porque toca algo verdadero en quien la escucha.

Regresé al banco de Cayetano en el intermedio. Ya no estaba. Había dejado el cuaderno olvidado, o quizás no olvidado sino depositado, sobre el banco. Dudé. Luego lo abrí.

La última página tenía dos líneas escritas y tachadas, y debajo de las tachaduras, en letra más pequeña y menos cuidada, una línea que no estaba tachada:

El pájaro que canta lo que le piden no olvida cómo volar.

La cerré. La dejé donde estaba.

Caminé hacia la salida del Gran Foro con esa línea en la cabeza, que era exactamente donde Cayetano probablemente la había escrito antes de escribirla en el cuaderno, y que ahora era también mía sin que yo la hubiera pedido, que es como circulan las verdades en los lugares donde no pueden circular de otra manera.

En el pasillo de salida el programa del festival anunciaba las actividades del ciclo siguiente: las mismas danzas en el mismo orden, las mismas conferencias sobre el mismo legado, las mismas obras en las mismas salas con los mismos marcos institucionales de tamaño uniforme.

Lo guardé en el portafolios junto a los otros documentos que yo coleccionaba sin saber todavía exactamente para qué, que era quizás lo mismo que hacía la mujer del cuaderno en el Tribunal y lo mismo que hacía Cayetano con su línea no tachada: preservar, en el único registro disponible, algo que el sistema no preservaría por sí solo.

Esa noche escribí en mi libreta la línea de Cayetano y debajo escribí la pregunta de la periodista y debajo de las dos escribí la frase de Refugio, *bienvenido*, sin explicar a qué, porque no necesitaba explicación.

Las tres cosas juntas formaban algo que no era todavía un argumento ni una conclusión ni una denuncia.

Era, pensé mientras cerraba la libreta, el principio de un mapa.

Un mapa de un territorio que yo llevaba ciclos habitando sin haberlo cartografiado, convencido de que el mapa oficial era suficiente.

El mapa oficial, ya lo sabía, era aspiracional.

Los altavoces empezaron. La voz dijo lo de siempre.

Yo seguí despierto más tiempo del habitual, mirando la grieta del techo, pensando que los ríos que no van a ninguna parte de todas formas van a

algún lado, solo que ese lado todavía no tiene nombre en el mapa que uno trae.

Y que ponerle nombre es, a veces, el único acto verdaderamente peligroso que uno puede cometer.

CAPÍTULO 11

El encuentro con los grandes del movimiento

Salón de los Ilustres Transformadores, Sector Histórico, Paraíso Verdadero.

La invitación al Salón de los Ilustres Transformadores llegó sin membrete de ninguna dependencia específica, que era la primera vez que un documento oficial del Paraíso omitía ese dato, y con una firma que era más grande y más legible que todas las firmas institucionales que yo había visto hasta entonces, lo cual en mi experiencia era señal de una autoridad suficientemente consolidada como para no necesitar el respaldo del cargo escrito debajo del nombre, que es el nivel de poder donde el poder ya no necesita explicarse.

El Sector Histórico era la zona más antigua del Paraíso, o al menos la que lo parecía: sus edificios tenían una pátina que el resto no tenía, una acumulación de tiempo visible en las superficies que la claridad guinda iluminaba con la misma uniformidad de siempre pero que no podía borrar del todo. Las calles eran más estrechas. Los letreros más desgastados. El silencio de una calidad diferente, más denso, como el silencio de los lugares donde han ocurrido cosas que nadie ha terminado de procesar.

El Salón de los Ilustres era un edificio de fachada sobria con el escudo del Paraíso grabado en piedra sobre la entrada, no pintado sino grabado, que es la diferencia entre lo que se pone para el momento y lo que se pone para que dure. Adentro, un guardia con credencial de tamaño mayor al habitual revisó mi invitación, la comparó con una lista, la devolvió con el sello de acceso y me indicó el pasillo central con un gesto que tenía la economía de movimientos de quien lleva mucho tiempo en el mismo puesto.

El pasillo central era largo y tenía puertas a ambos lados, cada una con un letrero con nombre y título. Los títulos eran los del poder: gobernador, senador, coordinador nacional, secretario, director general, subsecretario, delegado, comisionado. Los nombres yo los reconocí o no los reconocí pero eso no importaba porque lo que importaba era lo que estaba detrás de las puertas, que empecé a ver cuándo la primera de ellas estaba entreabierta y no pude evitar mirar.

Detrás de cada puerta había un despacho. No una celda, no una sala de espera, no un cubículo de los que yo conocía del Sector 12: un despacho con escritorio grande, silla de respaldo alto, libreros con volúmenes ordenados, ventana que daba a un patio interior con la misma claridad guinda de afuera. Los despachos reproducían con precisión los despachos que esas personas habían tenido en vida, con la diferencia de que los teléfonos sobre los escritorios no tenían línea, que las computadoras mostraban una pantalla de carga que no avanzaba, y que las secretarias o

asistentes que estaban sentadas frente a la puerta de cada despacho entregaban con regularidad documentos que entraban pero que nadie firmaba porque nadie tenía ya la autoridad para hacerlo, aunque todos siguieran firmando por inercia y por la dignidad específica de quien no sabe ser otra cosa que lo que fue.

Me recibió el Ilustre que me habían asignado, cuyo nombre en el letrero de la puerta yo conocía, cuyos años en el movimiento eran casi tantos como los míos, cuya trayectoria yo había seguido desde la distancia con una mezcla de admiración y de la envidia moderada que es inevitable entre compañeros de militancia que avanzan a velocidades distintas sin que ninguno de los dos entienda del todo por qué.

Me ofreció asiento. Me ofreció café, que era una costumbre que en el Paraíso sobrevivía como gesto aunque el café mismo fuera una infusión de hierbas indefinidas servida en taza con el logotipo institucional. Acepté porque rechazar el café en un despacho es rechazar la conversación, y yo había venido a conversar.

Habló primero.

Me habló de sus años en el movimiento con el tono de quien recorre una colección que aprecia aunque ya no pueda añadir piezas nuevas. Me habló de los logros que habían construido, de las batallas que habían dado, de los momentos en que todo parecía imposible y del Profeta en esos momentos, que tenía una capacidad de sostener la certeza cuando todo lo demás cedía que él, el Ilustre, nunca había visto en ningún otro ser humano y que lo había convencido, en los peores momentos, de que seguir era lo correcto.

Yo lo escuché. Era un testimonio que yo reconocía porque era también el mío, con nombres distintos en algunos episodios pero con la misma estructura: la fe que se justificaba a sí misma con los momentos en que la fe había resultado suficiente.

Le pregunté cómo era el Salón.

Me miró con la expresión del Ilustre que evalúa cuánto puede decirle al recién llegado sin darle más de lo que puede sostener todavía.

—Es lo que merece el trabajo de toda una vida —dijo finalmente, que era una respuesta que podía leerse de dos maneras completamente distintas y que él sabía que yo sabía que podía leerse de dos maneras.

—¿Y el trabajo? —dije. Señalé los documentos que la secretaria seguía entregando, la computadora con la pantalla de carga, el teléfono sin línea —. ¿Qué pasa con los documentos?

—Se firman —dijo.

—¿Y después?

—Se archivan —dijo, con la misma precisión con que Visitación me había dicho lo mismo meses antes sobre los reportes de asistencia.

—¿Alguien los lee?

Tomó su taza. La sostuvo sin beber.

—El proceso existe —dijo—. El proceso es real aunque el resultado sea distinto del que uno esperaba cuando diseñó el proceso. Eso también lo aprendí aquí: que los procesos y los resultados son cosas que en vida uno cree que están vinculadas y que aquí se descubre que pueden existir por separado con perfecta normalidad.

Era una observación filosóficamente precisa y prácticamente devastadora y él lo sabía y yo lo supe en el momento en que la escuché y ninguno de los dos dijo nada por un tiempo que no medí.

Luego me habló de los otros Ilustres. Cada uno con su despacho, cada uno con su proceso, cada uno con su versión de lo mismo: el poder ejercido sobre un territorio que se había reducido hasta caber en una habitación, y el poder siguiendo sus movimientos habituales en ese territorio reducido con la misma intensidad de siempre porque la intensidad del poder no depende de su escala sino del hábito de quien lo ejerce.

—¿Alguno ha pedido salir? —pregunté.

Me miró.

—¿A dónde? —dijo.

No tenía respuesta. El Salón de los Ilustres era el lugar más alto disponible en el Paraíso para quienes habían llegado ahí. Más arriba solo estaba el Profeta, que no tenía despacho porque no necesitaba uno, que operaba desde ningún lugar específico y desde todos los altavoces simultáneamente, que era ubicuo de la manera en que son ubicuas las cosas que han dejado de ser personas para convertirse en sistemas.

Hacia el final de la visita, cuando yo ya me disponía a despedirme con la cortesía que el rango del Ilustre merecía, él se levantó del escritorio y vino hacia mí con un movimiento que no era el de la despedida sino el de algo más urgente, más privado.

Me tomó del brazo. Con fuerza. Una fuerza que yo no hubiera esperado de alguien en esa situación, que era la fuerza de quien lleva mucho tiempo sosteniendo algo que pesa y que por un momento considera la posibilidad de pasárselo a alguien más.

Me dijo algo al oído.

Rápido. Bajo. Con la precisión de quien ha ensayado esas palabras suficientes veces para poder decirlas en el tiempo disponible antes de que el contexto las haga imposibles.

Las palabras llegaron. Yo las escuché. Pero cuando intenté retenerlas para escribirlas después, para guardarlas en la libreta que cada vez tenía más anotaciones y menos espacio en blanco, descubrí que se habían evaporado antes de llegar al papel. No porque yo no las recordara sino porque había algo en ese lugar, en el Salón de los Ilustres del Sector Histórico del Paraíso de la Cuarta Transformación, que hacía que ciertas cosas no pudieran existir en forma escrita.

Lo que quedó no fueron las palabras sino la sensación. Y la sensación era esto: había sido una advertencia. Había sido piedad. Había sido las dos cosas al mismo tiempo y yo no sabía si era posible que una cosa fuera dos

cosas simultáneamente hasta que lo experimenté en el brazo, en la presión de esos dedos, en la velocidad de esas palabras que no podía escribir.

Salí al pasillo. El guardia con la credencial grande estaba en el mismo lugar. Los letreros con los nombres y los títulos seguían en las puertas. Desde algunos despachos llegaba el sonido de los documentos que se firmaban, de las teclas que se pulsaban sobre computadoras que no cargaban, de las voces que daban instrucciones a secretarias que las recibían y las archivaban.

En la calle, fuera del Sector Histórico, me senté en el borde de una jardinera de concreto aparente y estuve ahí un tiempo que no medí mirando la claridad guinda del Paraíso sin ver nada en particular.

El Ilustre había pasado décadas construyendo algo. Yo había pasado décadas ayudando a construir algo similar desde mi posición más pequeña y más periférica. Ambos estábamos ahora en el resultado de esa construcción. El resultado era el Paraíso.

El Paraíso era esto.

No lo pensé como acusación. No lo pensé todavía como condena. Lo pensé como un arquitecto piensa cuando termina un edificio y lo habita por primera vez y descubre que la distancia entre el plano y la habitación real es mayor de lo que calculó, no en las medidas sino en algo que las medidas no capturan y para lo que el vocabulario técnico no tiene nombre.

Esa noche no abrí la libreta.

La tuve en la mano un rato, con la tapa cerrada, sintiendo el peso de lo que contenía, que era cada vez mayor no porque hubiera escrito más sino porque lo que había escrito pesaba más conforme pasaban los ciclos.

Los altavoces empezaron.

Por primera vez desde que llegué al Paraíso no escuché la voz con la atención de quien escucha algo que le importa.

La escuché con la atención de quien escucha algo que conoce demasiado bien para seguir escuchándolo como si fuera nuevo.

Esa diferencia, pequeña en apariencia, era en realidad la diferencia entre dos maneras completamente distintas de estar en el mundo.

Y yo sabía, en el silencio que había entre una frase y la siguiente de los altavoces, que no había manera de volver de la segunda a la primera.

Que eso, también, era una forma de muerte.

Y que era la segunda que yo experimentaba desde que subí al Tren Maya aquella tarde sin fecha precisa con tres copias del discurso en el portafolios y la convicción de ser un hombre histórico.

CAPÍTULO 12

La noche del alma republicana

Módulo 7, Unidad Habitacional Bienestar Pleno. La primera noche larga.

No salí del módulo.

No hubo convocatoria, no hubo formulario, no hubo honor distinguido que reclamar ni asamblea que verificar ni trámite con ventanilla que atender. Era uno de esos días que el Paraíso producía sin anunciarlos, días donde el sistema simplemente no generaba ninguna demanda sobre uno y donde la ausencia de demanda resultaba más difícil de habitar que la demanda misma, porque la demanda al menos daba dirección y la dirección era una forma de no tener que decidir adónde ir por cuenta propia.

Me senté en la cama. El colchón era firme como siempre. La ventana mostraba la ventana del edificio de enfrente. La grieta del techo tenía la forma de río que siempre había tenido. Los altavoces del pasillo estaban en silencio por primera vez en lo que yo podía recordar, que era quizás una contingencia técnica o quizás una pausa programada cuya lógica yo desconocía, y ese silencio tenía una textura que el sonido constante de la voz había estado llenando sin que yo notara que estaba siendo llenado hasta que dejó de estarlo.

Abrí la libreta.

La recorrí desde el principio. Desde la primera anotación, que era la frase que escribí en el tren antes del descarrilamiento sobre la flexibilidad republicana, que ahora leía con la extrañeza específica de quien encuentra un objeto de su vida anterior y no puede determinar si la distancia que siente es producto del tiempo o de otra cosa que el tiempo no explica completamente.

Luego las frases que había acumulado: la consistencia republicana de los altavoces que decían lo mismo al despertar. El número real y el número verdadero de Esteban. La pregunta de Refugio sobre si lo que sabíamos era cierto. La definición de urgencia en cuatro párrafos. El noventa y siete punto tres que siempre era el mismo. Las palabras del Ilustre sobre los procesos y los resultados que en el Paraíso existían por separado. La línea de Cayetano sobre el pájaro que no olvida cómo volar. La pregunta de la periodista que llevaba años con la mano levantada.

Las leí todas juntas por primera vez, en el orden en que habían llegado, y vi algo que no había visto mientras las escribía una por una: que formaban una argumentación. No la argumentación que yo hubiera construido si hubiera intentado construirla deliberadamente, con su estructura de premisas y conclusiones y evidencias ordenadas en el formato que yo usaba para los discursos. Era una argumentación más orgánica, más oblicua, hecha de fragmentos que no se conectaban de manera directa sino que se iluminaban unos a otros desde ángulos que requerían que el lector, que en este caso era yo mismo, hiciera el trabajo de ver la conexión.

La conexión era esta: el Paraíso no funcionaba mal.

El Paraíso funcionaba perfectamente.

Funcionaba exactamente como estaba diseñado para funcionar, que era producir la apariencia de todo lo que prometía sin producir la sustancia. La apariencia de participación sin la participación. La apariencia de información sin la información. La apariencia de salud sin la salud. La

apariencia de cultura sin la cultura. La apariencia de justicia sin la justicia. La apariencia de grandeza sin la grandeza.

Y lo más preciso, lo más difícil de sostener sin que se me resbalara hacia alguna simplificación que lo hiciera más manejable: la apariencia de amor al pueblo sin el amor al pueblo.

Cerré la libreta.

La sostuve en las manos un momento con los ojos cerrados, como si el peso físico de lo que contenía pudiera decirme algo que las palabras no habían terminado de decir.

Luego la abrí de nuevo porque cerrarla no cambiaba lo que había dentro.

Empecé a recorrer los años. No los años del Paraíso, que se medían en ciclos y en formularios y en inauguraciones de fases, sino los años de antes, los años de vida que yo había construido alrededor de una convicción que ahora, con la distancia de este lugar y de este silencio y de esta libreta, veía de una manera que no había podido ver mientras estaba dentro de ella.

Recordé el Zócalo de 2006. La multitud. La voz por primera vez en ese espacio y en esa escala, que era diferente a escucharla en un mitin pequeño porque en el Zócalo la voz tenía el respaldo físico de cientos de miles de personas y ese respaldo hacía que la voz no sonara como la voz de un hombre sino como algo que el hombre estaba traduciendo desde algún lugar más grande que él.

Yo había sentido, en ese momento, que algo en mi pecho se acomodaba en su lugar correcto por primera vez. Lo había escrito así en el prólogo de esta misma narración que nadie leerá o que quizás alguien leerá algún día cuando esto que estoy escribiendo encuentre la forma de salir de aquí, si es que esa forma existe.

Lo que sentí en el Zócalo era real. Eso lo mantengo. El sentimiento era genuino, la esperanza era genuina, la necesidad que el movimiento tocaba era genuina. Los millones de personas que estaban ahí no eran estúpidos ni ciegos ni manipulables en el sentido vulgar: eran personas que tenían razones reales para querer que algo cambiara y que encontraron en esa voz la promesa articulada de ese cambio.

El problema no era el sentimiento. El problema era lo que se había hecho con el sentimiento.

El sentimiento había sido convertido en combustible. Y el combustible, una vez quemado, no deja nada que se pueda examinar. Lo que queda del combustible quemado es calor, y el calor no es evidencia de nada excepto de que algo ardió.

Nosotros habíamos ardido. Yo había ardido. Con convicción, con entrega, con los veinte años de trabajo territorial y los discursos y las listas de asistencia y los formularios y las noches de asamblea y las madrugadas de campaña. Había ardido con la generosidad completa de quien entrega algo que considera valioso a una causa que considera más importante que él mismo.

Y la causa había usado ese calor para producir el Paraíso.

El Paraíso era esto.

Me levanté. Caminé al baño. Bebí agua directamente del grifo aunque el horario de agua habría terminado hacía varias horas, y el grifo produjo un hilo fino y luego nada, que era lo que correspondía. Regresé a la cama. Me senté de nuevo.

La pregunta que había escrito en la libreta semanas antes, la que me había parecido pequeña y terrible en su sencillez, regresó sin que yo la buscara: *¿Y si esto siempre fue así?*

Ahora podía sostenerla entera, sin reducirla.

¿Y si el Paraíso era el resultado natural y lógico e inevitable de lo que habíamos construido en vida? No una distorsión, no una traición, no un desvío del camino correcto: el destino al que ese camino siempre había conducido, que era visible desde el principio para quien hubiera querido ver pero que nosotros no habíamos querido ver porque ver hubiera requerido dejar de construir y dejar de construir hubiera requerido admitir que lo que construíamos no era lo que creíamos que era.

Y admitir eso, en vida, hubiera sido quedarse sin nada.

Porque lo que nosotros teníamos, lo que yo tenía, no era solamente una militancia: era una identidad. Era la respuesta a la pregunta de quién soy. Era el lugar donde yo cabía en el mundo y desde donde el mundo tenía sentido. Quitarle eso a un hombre no es quitarle una opinión política. Es quitarle el suelo bajo los pies. Es pedirle que exista sin el sistema de coordenadas que le dice dónde está.

Nadie hace eso voluntariamente. Yo no lo había hecho. Y ahora estaba aquí, en este colchón firme, en este módulo con la ventana que daba a otra ventana, con la grieta del techo en forma de río, sin los altavoces por primera vez, con la libreta llena de frases que no había querido escribir pero que habían encontrado la manera de escribirse solas, y el suelo bajo los pies ya no era el mismo suelo y yo ya no era el mismo hombre que subió al tren.

No lloré. Eso también lo registro porque importa: no lloré. No porque no hubiera razón sino porque el tipo de comprensión que yo estaba experimentando no produce lágrimas sino algo más seco, más permanente, más parecido al sedimento que deja el agua cuando retrocede y que ya no es el agua sino la huella de lo que el agua hizo al pasar.

Tomé la libreta una vez más.

Busqué la última página en blanco que quedaba.

Escribí, con letra pequeña y firme, sin tachar:

Construimos el Paraíso convencidos de que construíamos otra cosa. Eso no nos absuelve. Nos explica. Y la explicación, a diferencia de la absolución, no nos devuelve nada. Solo nos muestra con precisión lo que entregamos y a cambio de qué.

Cerré la libreta.

Los altavoces volvieron. La voz dijo lo de siempre, con la cadencia de siempre, con la pausa dramática en el lugar de siempre.

Yo la escuché con los ojos abiertos en la oscuridad relativa del módulo, y lo que sentí no era odio ni traición ni la indignación que sería más simple y más limpia y más manejable que lo que realmente sentía.

Lo que sentía era duelo.

Duelo por los años. Por el calor que ardió. Por la identidad que había sido real mientras duró y que ahora era el nombre de algo que ya no existía de la misma manera.

Y duelo, también, por el hombre que yo había sido, que era un hombre que creyó de verdad, que entregó de verdad, que no mereció este Paraíso aunque lo hubiera construido.

Que quizás nadie merece el Paraíso que construye cuando lo construye sin saber que es un Paraíso y no la otra cosa.

La grieta del techo siguió siendo un río.

La voz siguió diciendo lo de siempre.

Yo seguí despierto hasta que la claridad guinda del Paraíso anunció que era de nuevo un día igual al anterior, que era también la definición más exacta de la eternidad que yo había encontrado desde que llegué.

CAPÍTULO 13

El descenso: lo que el Paraíso oculta bajo sus cimientos

Los Sectores Inferiores, Paraíso Verdadero. El territorio que no aparece en el mapa.

Fue la grieta.

No una decisión, no una rebeldía, no el acto consciente de quien ha resuelto que es el momento de actuar. Fue la grieta del techo en forma de río, que yo había mirado durante ciclos sin seguir hacia dónde apuntaba porque un río sin corriente visible no sugiere dirección, y que esa mañana, con la claridad guinda entrando por la ventana en el ángulo específico que solo ocurría en ciertos momentos que yo todavía no había aprendido a predecir, mostró algo que no había mostrado antes: que la grieta no terminaba en la pared del fondo sino que continuaba, apenas perceptible, bajando por la pared hasta el piso y por el piso hasta la puerta y por debajo de la puerta hacia el pasillo.

Un río, pensé, va a algún lado aunque uno no sepa adónde.

Seguí la grieta.

Por el pasillo del séptimo piso, donde la grieta era más difícil de ver porque el piso del pasillo tenía una capa de pintura que la oscurecía sin borrarla. Por las escaleras, donde reaparecía con más claridad en el concreto sin pintura de los escalones. Por el vestíbulo de planta baja, donde el letrero del elevador en mantenimiento estaba en el mismo lugar de siempre y la grieta pasaba exactamente debajo de ese letrero y continuaba hacia una

puerta lateral que yo había visto antes sin mirarla, que es como uno trata la mayoría de las puertas que no tienen letrero y que por tanto no comunican ninguna instrucción sobre si deben abrirse o no.

Esta puerta no tenía letrero.

La abrí.

Detrás había escaleras que bajaban.

No subían: bajaban. Eso era lo primero que el Paraíso me había ofrecido que no fuera hacia arriba o hacia adelante o hacia el siguiente módulo o el siguiente ciclo o la siguiente fase, y la dirección hacia abajo tenía una atracción que yo no hubiera podido explicar en términos racionales pero que sentí en el cuerpo, o en lo que quedaba del cuerpo, como la atracción específica de las cosas que han estado esperando que uno las encuentre.

Bajé.

Las escaleras eran de concreto sin pintura, sin el logotipo del Paraíso en las paredes, sin letreros de ningún tipo. La claridad guinda no llegaba aquí: había otra luz, más fría, más blanca, que venía de tubos fluorescentes instalados en el techo a intervalos regulares y que iluminaba las superficies con una honestidad que la claridad guinda nunca había tenido. La claridad guinda suavizaba. Esta iluminaba.

Bajé tres pisos.

Al final de las escaleras había un corredor largo con puertas metálicas a ambos lados, todas cerradas, todas sin letrero excepto por números de tres dígitos pintados directamente sobre el metal. El corredor olía a papel húmedo y a algo eléctrico, a la combinación específica de los lugares donde el trabajo real ocurre sin audiencia.

Empujé la primera puerta que cedió. Era la 114.

Adentro había una sala de cómputo. No del tipo que yo conocía de las oficinas del Sector 12, con sus equipos razonablemente modernos y sus pantallas con indicadores en verde: esta sala tenía servidores, torres de procesamiento de color negro apiladas del piso al techo en filas ordenadas, con cables que las conectaban en patrones que yo no podía leer pero que comunicaban una escala de operación completamente diferente a cualquier cosa que hubiera visto en la superficie del Paraíso.

Frente a los servidores había consolas. En las consolas había pantallas. En las pantallas había números que sí podía leer porque eran números simples, sin gráficas ni colores ni flechas: eran los números de los indicadores que aparecían en las paredes de todas las oficinas del Paraíso, los que siempre estaban en verde, los que siempre tenían flechas hacia arriba.

Los estaba viendo antes de que aparecieran en las pantallas de arriba. Los estaba viendo en el momento en que se generaban.

No se medían. Se generaban. Había una diferencia que yo había intuido en la sala de cómputo de los reportes de asistencia, cuando Amparo me habló del conteo creativo, pero que aquí era visible con una claridad que no permitía ninguna interpretación alternativa: una persona frente a una

consola introducía valores en campos que correspondían a los indicadores, y esos valores aparecían segundos después en la pantalla de destino con el formato oficial, el color verde, la flecha hacia arriba.

El noventa y cuatro por ciento de capacidad de la Refinería Bienestar. El ochenta y nueve por ciento de participación en la consulta popular. Los índices de bienestar de todos los sectores simultáneamente en máximos históricos. Los tiempos de resolución de trámites dentro del rango óptimo. La satisfacción ciudadana en niveles sin precedente.

Todo se producía aquí, en este sótano sin letrero, por personas que introducían números en campos antes de que nadie los midiera, antes de que ningún ciudadano del Paraíso los experimentara, antes de que la realidad tuviera oportunidad de confirmarlos o contradecirlos.

Salí de la sala 114. Entré a la 117.

Era el archivo.

No el archivo del que me habían hablado Visitación y el señor del 7-B como el lugar donde los documentos iban a vivir después de ser procesados: era el archivo real, el anterior, el que existía antes de que los documentos pasaran por ninguna ventanilla. Filas y filas de estantes con cajas numeradas, miles de cajas, y en las cajas, cuando abrí la primera que alcancé, formularios. Formularios sin llenar. Formularios en blanco que esperaban ser entregados a los ciudadanos del Paraíso para que los llenaran y los entregaran y fueran archivados aquí, donde ya estaban antes de ser llenados, donde ya existían como el mecanismo que los precedía y que los seguiría, independientemente de lo que contuvieran.

Los formularios existían para ser llenados. No para ser resueltos. La resolución nunca había sido el propósito.

Continué por el corredor.

La sala 123 era diferente a las anteriores. No había servidores ni archivos: había una mesa larga con sillas, y sobre la mesa documentos abiertos, y junto a los documentos personas que trabajaban en silencio con la concentración de quienes hacen algo que requiere precisión y que no quieren interrupciones.

Lo que hacían era escribir.

Escribían los comunicados oficiales del Paraíso, las convocatorias, los programas de los festivales, los anuncios de los altavoces, los textos de los murales, las preguntas de las consultas populares. Los escribían con anticipación, no en respuesta a eventos sino antes de que los eventos ocurrieran, de modo que cuando los eventos ocurrieran ya hubiera una versión oficial de ellos lista para circular. La realidad no generaba los textos: los textos generaban la versión oficial de la realidad.

Nadie me miró cuando entré. Nadie me pidió identificación. Era como si mi presencia aquí fuera una posibilidad que el sistema había contemplado y ante la cual no tenía protocolo específico porque los protocolos existían para las situaciones previstas y esta no estaba prevista, que era quizás la única grieta real en un sistema que había previsto casi todo.

La sala más profunda era la 131, al fondo del corredor, con una puerta más pesada que las demás.

Adentro había un escritorio. Sobre el escritorio un registro. El registro tenía el formato de una base de datos: filas con nombres, y junto a cada nombre una columna de clasificación.

Busqué mi nombre con la metodicidad de quien ha pasado suficiente tiempo buscando su nombre en listas y padrones y registros como para hacerlo sin drama, como un trámite más.

Lo encontré.

Bonifacio Ordáz Enríquez. Coordinador de Verificación, Nivel 4. Ciclos en el Paraíso: los que eran. Clasificación: *Inocua. Alta tolerancia al absurdo. Bajo riesgo de disidencia. Apta para testimonios.*

Lo leí tres veces, que era mi costumbre con los documentos que requerían comprensión completa antes de ser procesados.

No era una condena. No era un insulto. Era una evaluación técnica con el vocabulario frío de los sistemas que clasifican elementos según su utilidad para el sistema. Yo era útil de una manera específica: podía servir de testigo porque mi clasificación garantizaba que testificaría dentro de los límites que el sistema necesitaba, que no haría preguntas que el sistema no pudiera responder, que mi alta tolerancia al absurdo lo protegería de la disidencia que otras clasificaciones hacían probable.

Inocua.

Yo, que había dedicado cuarenta años de vida a creer que era parte de algo que transformaba el mundo, era inocuo.

No el adversario que el Tribunal juzgaba perpetuamente. No el Ilustre que firmaba documentos en despachos reducidos. No el peligro que los comunicados de los altavoces describían como amenaza constante. Inocuo. El tipo de persona que un sistema puede tener sin riesgo porque esa persona hará el trabajo disponible, llenará los formularios correctos, pondrá el número que la supervisora necesita aunque ponga primero el número real, creerá durante suficiente tiempo para ser útil y cuando deje de creer no tendrá la energía ni el lenguaje ni la red de alianzas para hacer nada con lo que sabe.

Me senté en la silla junto al escritorio.

El corredor afuera seguía en silencio. Las personas de la sala 123 seguían escribiendo. Los servidores de la sala 114 seguían generando los números que mañana aparecerían en las paredes de todas las oficinas del Paraíso con el color verde y la flecha hacia arriba.

Estuve ahí un tiempo que no medí porque el tiempo aquí, en los Sectores Inferiores, tenía la misma textura que en la superficie pero sin la ilusión de que la textura importaba.

Luego subí.

Las escaleras de regreso eran las mismas escaleras de antes pero subirlas era diferente a bajarlas, que es siempre así con las escaleras que conducen

a los lugares donde uno descubre algo que no buscaba. La bajada tiene la atracción de lo que se aproxima. La subida tiene el peso de lo que uno carga de regreso.

En el pasillo del séptimo piso la grieta seguía siendo un río en el techo. El letrero del elevador seguía diciendo en mantenimiento. El altavoz del pasillo transmitía la voz con la cadencia de siempre.

Entré al módulo. Me senté en la cama.

No abrí la libreta. Lo que había visto en los Sectores Inferiores no necesitaba ser escrito para existir: existía con la solidez de las cosas que se han visto con los propios ojos en una luz que no suaviza nada.

Lo que sí hice fue mirar la chamarra, que seguía colgada en el gancho detrás de la puerta con el logotipo del movimiento bordado en el pecho, que yo había llevado puesta desde el día del descarrilamiento y que era el único objeto que había traído del otro lado.

La miré un tiempo largo.

Luego aparté la vista.

No la quité del gancho. Eso también lo registro porque importa: no la quité del gancho. No todavía. Había una distancia entre saber lo que sabía y saber qué hacer con lo que sabía, y esa distancia no se recorre en una tarde aunque la tarde haya contenido los Sectores Inferiores y el registro y la palabra inocua escrita junto a mi nombre con la precisión de un diagnóstico que uno reconoce como exacto aunque hubiera preferido que no lo fuera.

Los altavoces dijeron lo de siempre.

Yo escuché lo que decían y debajo de lo que decían escuché lo que los Sectores Inferiores me habían mostrado que era: el sonido de un sistema que se describe a sí mismo sin interrupción porque la interrupción es el único riesgo real que existe para un sistema que ha convertido la descripción en su propio mecanismo de existencia.

Mañana iría a la Coordinación. Llenaría las listas. Las enviaría. Visitación me diría que el formato había cambiado. Las reharía.

Todo continuaría.

Y yo continuaría con ello, no porque no supiera lo que sabía sino porque saber no es suficiente para detener lo que uno ha puesto en movimiento con cuarenta años de empuje constante en la misma dirección.

Eso también lo sabía ahora.

Y era, de todo lo que sabía, lo más difícil de sostener sin romperse.

CAPÍTULO 14

El rostro verdadero del Profeta

La Sala del Origen, centro absoluto del Paraíso. El lugar que no existe en ningún mapa porque es el lugar desde el que se hacen todos los mapas.

Las escaleras de los Sectores Inferiores seguían bajando más allá de donde yo había llegado la primera vez.

Lo descubrí tres días después de mi visita a la sala 131, cuando regresé a la puerta sin letrero no por decisión sino por la misma lógica de la grieta: algo en mí seguía el hilo aunque el hilo no dijera adónde llevaba, que es quizás la única forma honesta de moverse en un lugar donde los mapas mienten. Volví a bajar los tres pisos del corredor con las salas numeradas. Pasé la 114, la 117, la 123, la 131. Al fondo del corredor, donde yo había asumido que estaba la pared de cierre, había otra puerta. Más pesada que la 131. Sin número. Sin nada.

La abrí.

Más escaleras.

Bajé.

Estas escaleras eran distintas a las anteriores. El concreto cedía gradualmente a una piedra que yo no reconocía, ni mármol ni cantera ni ninguna de las piedras que yo asociaba con la construcción humana: era una piedra de color oscuro, casi negro, con vetas de un tono que bajo la luz fluorescente parecía verde y bajo la luz que encontré más abajo, que no era fluorescente sino algo que no tenía nombre en mi vocabulario de iluminaciones, parecía otra cosa completamente.

La arquitectura se transformaba con cada piso que descendía. Las paredes dejaban de ser paredes en el sentido geométrico y se volvían superficies continuas que curvaban sin ángulos, que contenían sin encerrar, que guiaban sin señalizar. Era el tipo de espacio que produce en el cuerpo la sensación de estar dentro de algo que fue diseñado sin que el diseñador tuviera en mente que habría alguien dentro, sino únicamente que el espacio mismo existiera.

Bajé hasta que las escaleras terminaron.

La Sala del Origen no era grande. Eso fue lo primero que me sorprendió: después de la vastedad aspiracional de toda la arquitectura del Paraíso, después de los pasillos interminables y los auditorios de diez mil almas y las plazas donde el horizonte se perdía en la neblina guinda, la sala donde estaba el centro de todo era del tamaño de una habitación. Del tamaño, aproximadamente, del departamento 7-C. Con la diferencia de que el 7-C tenía ventana y esta sala no, y que el 7-C tenía una grieta en el techo y esta sala tenía el techo intacto, sin fisura, sin la imperfección que permite que algo se filtre desde afuera.

En el centro de la sala había una figura.

De espaldas. Alta. Inmóvil con la inmovilidad de lo que no necesita moverse porque el movimiento es para las cosas que todavía tienen algún lugar donde ir.

La silueta era inconfundible. No porque yo la hubiera visto en persona antes sino porque la había visto en espectaculares, en mantas, en libretas, en tazas, en la estampa que guardaba en el bolsillo de la chamarra junto al USB con el discurso que nunca pronuncié. La había visto tantas veces que

mi reconocimiento de ella no pasaba por ningún proceso consciente sino que ocurría directamente, en el mismo lugar donde uno reconoce la voz de la madre o el olor de la infancia: antes del pensamiento, antes de la palabra, en el sustrato donde viven las cosas que fueron instaladas tan temprano que ya no se distinguen de uno mismo.

Era el Profeta.

O era la silueta del Profeta. O era lo que el Profeta había sido antes de convertirse en el Profeta, o lo que siempre había sido detrás del Profeta, o lo que usaba la forma del Profeta porque esa forma era la más eficiente para lo que necesitaba hacer en el territorio y el momento histórico que le habían tocado.

Me quedé en la entrada de la sala. No avancé. No retrocedí.

La figura se volvió.

El rostro era el rostro. Ese también lo reconocí antes del pensamiento, con la misma inmediatez de la silueta: las facciones conocidas, la expresión conocida, el gesto de quien está a punto de hablar y que antes de hablar ya ha calculado el efecto de lo que va a decir y ha decidido que el efecto es el correcto.

Pero había algo en los ojos.

En los ojos de todas las imágenes que yo había visto, en los espectaculares y las mantas y las fotografías y los videos de los mítines, había una mirada que yo había interpretado durante décadas como pasión, como convicción, como el fuego específico de quien cree en lo que hace con una intensidad que el tiempo no erosiona. Una mirada hacia el pueblo, hacia el horizonte histórico, hacia algo más grande que el momento presente.

Los ojos en la Sala del Origen no miraban hacia ningún horizonte.

Miraban hacia mí con la atención precisa del arquitecto que contempla su obra terminada. No el arquitecto que ama lo que construyó. El arquitecto que verifica que lo construido cumple con las especificaciones del diseño. La mirada de la función verificada, no del afecto correspondido.

No había en esa mirada odio. Tampoco desprecio. Tampoco indiferencia en el sentido de no notar: me notaba perfectamente, me evaluaba con una competencia que yo reconocía porque la había visto en los buenos administradores, en los que saben exactamente cuánto vale cada elemento de su sistema y para qué sirve y cuándo puede ser reemplazado.

Yo sabía, en ese momento, exactamente cómo aparecía yo en esa evaluación.

Inocua. Alta tolerancia al absurdo. Bajo riesgo de disidencia. Apta para testimonios.

La figura habló.

La voz era la voz. La cadencia era la cadencia. La pausa dramática llegó donde siempre llegaba.

—Bienvenido, compañero —dijo—. Ya estás en casa.

Las mismas palabras. Las exactas mismas palabras que había escuchado al cruzar la puerta monumental el primer día, con el letrero de Fase 1 de 47, con la emoción del premio merecido llenándome algo que ya no era el pecho. Las palabras que yo había escuchado como bienvenida y que ahora escuchaba como lo que siempre habían sido: la declaración de un estado permanente. No *llegaste*. No *entraste*. *Ya estás*. El presente continuo de lo que no tiene salida porque no necesita salida porque el adentro y el afuera han sido diseñados para ser la misma cosa.

Me quedé en silencio.

No porque no tuviera nada que decir sino porque todo lo que podía decir había sido dicho ya en la libreta, en los ciclos de formularios y listas y reportes y mañaneras y danzas y juicios perpetuos y honorables despachos con teléfonos sin línea. Lo había dicho con las anotaciones y las frases que no tachaba y las preguntas que no respondía y la chamarra que no quitaba del gancho y el número real que ponía antes de borrarlo y poner otro y volver a poner el real.

Lo había dicho todo. Solo que lo había dicho en el único registro disponible para alguien de mi clasificación: el registro privado, el que nadie leería, el que no cambiaba nada en la superficie del Paraíso porque inocuo es también el nombre de lo que no puede cambiar nada.

La figura me miraba con la paciencia de quien no necesita que el otro hable para saber lo que piensa.

—Tú construiste esto —dije finalmente.

No era una acusación. Era un reconocimiento de la autoría, que es distinto.

—Nosotros —dijo la figura, con una suavidad que era la suavidad de la corrección técnica, no de la defensa personal—. El arquitecto diseña. Los materiales construyen. Sin los materiales el diseño no existe. Sin el diseño los materiales son otra cosa.

Procesé eso.

—¿Y los materiales sabían lo que construían?

—Algunos —dijo—. La mayoría no. Los que no sabían construyeron mejor. Los que sabían tendieron a dudar, y la duda produce irregularidades en la estructura.

—¿Y los que dudaron?

—Están en el Salón de los Ilustres —dijo, con algo que no era humor pero que ocupaba el lugar donde el humor hubiera estado en alguien con otra constitución—. Firmando documentos. Muy cómodos.

Miré el techo intacto de la sala. Sin grieta. Sin río. Sin la imperfección que en el módulo 7-C había sido el único mapa verdadero.

—¿Qué soy yo entonces? —dije—. ¿Material o arquitecto?

La figura me consideró con la atención que merecía la pregunta, que era genuina y que yo sabía que era también la única pregunta que importaba de todo lo que hubiera podido preguntar en este lugar.

—Eres el tipo más interesante —dijo finalmente—. El que construyó sin saber, dudó sin actuar, vio sin denunciar y llegó hasta aquí sin que yo lo trajera. Eso no es frecuente.

—¿Y qué significa?

—Significa —dijo— que ya estás en casa.

Las mismas palabras otra vez. El círculo cerrado. El presente continuo sin salida.

La figura se volvió de nuevo, de espaldas, con la inmovilidad de lo que no necesita moverse porque ya llegó a donde iba o porque nunca tuvo a donde ir sino únicamente donde estar, que es quizás la diferencia entre el poder y todo lo demás: el poder no va a ningún lado porque el poder ya está donde necesita estar, que es en todas partes al mismo tiempo.

Subí.

Las escaleras de regreso eran las mismas de siempre. La piedra oscura cedía al concreto, el concreto al pasillo numerado, el pasillo numerado a las escaleras del edificio, las escaleras del edificio al pasillo del séptimo piso con el letrero del elevador en mantenimiento y el altavoz transmitiendo la voz con la cadencia de siempre.

En el módulo la chamarra seguía en el gancho.

La descolgué.

No para ponérmela. La sostuve frente a mí con las dos manos, mirando el logotipo bordado en el pecho, que era el mismo logotipo de los espectaculares y las mantas y la puerta monumental de la Fase 1 de 47 y la estampa en el bolsillo y el letrero sobre la entrada de la Sala de Conferencias de la Verdad y los murales de la Universidad Popular y los uniformes de los Servidores de la Nación Eterna y el cartel del Festival Eterno de la Cultura Republicana y el sello rojo de la citación del Tribunal.

El mismo logotipo en todas partes, que era también la descripción exacta de cómo funciona un sistema que ha tenido éxito: cuando el símbolo del sistema y el paisaje donde uno vive son la misma cosa, cuando no hay superficie sin el símbolo y no hay símbolo sin la superficie, entonces el sistema no es ya una ideología que uno adopta o rechaza sino el clima, el suelo, el aire, la condición de posibilidad de cualquier cosa que uno pueda pensar o sentir o hacer.

Colgué la chamarra de nuevo.

No porque hubiera decidido seguir usándola. Sino porque quitarla del gancho era un gesto y los gestos, en un lugar donde nadie los ve y nadie los registra y nadie los sanciona, son lo más parecido que existe a la libertad cuando la libertad no tiene otro espacio donde ocurrir.

Mañana la pondría o no la pondría.

Esa era la única decisión que el Paraíso, con toda su arquitectura de eternidad, no había podido tomar por mí.

Y era suficiente. No como victoria. No como resistencia con nombre y bandera. Como el espacio mínimo donde algo que todavía era yo podía

existir sin ser completamente del sistema que me había clasificado como inocuo.

Inocuo para el sistema.

No para mí mismo.

Esa noche los altavoces dijeron lo de siempre y yo los escuché decirlo desde ese espacio mínimo, que era del tamaño de una decisión sobre una chamarra, que era del tamaño de la grieta de un techo, que era del tamaño de lo único que nadie puede construirte ni quitarte porque existe en el lugar donde el arquitecto más hábil no puede llegar con ningún diseño por más perfecto que sea.

El nombre de ese lugar es otro asunto.

Pero existe.

Eso también lo sé ahora.

CAPÍTULO 15

La eternidad como es: sin redención, sin final, sin olvido

Todo el Paraíso. Todos los sectores. Todos los ciclos administrativos que quedan.

Regresé a la Coordinación.

No había otra cosa que hacer. No en el sentido de que las opciones se hubieran agotado, sino en el sentido más preciso de que las opciones que existían eran las de siempre y yo era todavía el mismo hombre que las había ejercido durante ciclos, con la diferencia de que ahora las ejercía desde ese espacio mínimo que había encontrado en el fondo de las escaleras y que seguía siendo mío aunque no tuviera nombre y aunque no cambiara nada visible en la superficie del Paraíso.

Visitación me recibió con la eficiencia habitual. Había un reporte pendiente del ciclo anterior que requería corrección de formato. El formato había cambiado. Me dio el nuevo formato, que era idéntico al anterior excepto por el tamaño de letra del encabezado, que ahora era de once puntos en lugar de doce. Lo rehíce. Lo entregué. Visitación lo recibió sin mirarlo y lo pasó a la Sub coordinación.

Esteban tenía una lista nueva que caligrafiar. Amparo tenía un conteo que ajustar. Perpetua tenía una pregunta sobre el destino de los reportes que Visitación respondió con la misma respuesta de siempre, que Perpetua anotó como si fuera nueva.

Todo continuaba.

Y yo continuaba con ello.

Eso era lo que la visita a la Sala del Origen me había dado, paradójicamente: no la liberación sino la comprensión exacta de por qué la liberación no era posible en los términos en que yo la había imaginado si alguna vez la había imaginado, que no estaba seguro. La liberación que yo hubiera querido era la salida, el afuera, el lugar donde las cosas son lo que

parecen y los números miden lo que dicen que miden y las preguntas reciben respuesta y los formularios tienen propósito. Ese lugar no existía en el Paraíso porque el Paraíso no tenía afuera. Era un sistema cerrado con la perfección de los sistemas que han eliminado todas sus grietas excepto las que permiten, en ciertos ángulos de iluminación, ver hasta dónde llegan.

Lo que sí existía, lo que yo había encontrado y que nadie podía quitarme porque no sabían que lo tenía o porque lo habían clasificado como inocuo y por tanto no representaba amenaza suficiente para justificar el esfuerzo de quitármelo, era esto: la diferencia entre hacer lo que el sistema requería y ser lo que el sistema necesitaba que yo fuera.

Hacía lo que requería. Ya no era lo que necesitaba.

Era una distinción que desde afuera era invisible. Desde adentro era todo.

Los días siguientes los viví con esa distinción como único territorio propio. Fui a las asambleas. Tomé las listas. Conté los asistentes con la precisión del que cuenta porque contar es lo que corresponde hacer, no porque el número vaya a cambiar nada en la Sub coordinación. Entregué reportes con el número real cuando el número real era lo que correspondía escribir, y cuando Visitación me indicaba que el formato había producido una discrepancia con el histórico, respondía con la justificación en el formulario 14-B y la entregaba y esperaba la respuesta y la archivaba y seguía.

Hermenegilda seguía trabajando en su documentación. Cada vez que la veía en la Plaza de la Dignidad o en los pasillos del Sector 6 me preguntaba en qué estaba y yo le preguntaba lo mismo y los dos respondíamos con una precisión que era también una forma de fe, no la fe en el sistema sino la fe en el acto de seguir haciendo lo que uno considera correcto aunque el sistema no lo requiera y aunque nadie lo registre y aunque no cambie nada fuera del espacio mínimo donde uno existe siendo uno mismo.

Refugio apareció una tarde en el comedor colectivo. Nos sentamos juntos con las charolas de frijoles y la bebida caliente que ese día tenía un sabor que yo identifiqué como aproximadamente vainilla. Me preguntó cómo estaba. Le dije que estaba en el Paraíso. Me miró con la expresión de quien recibe una respuesta que contiene más información de la que aparenta.

—¿Y eso cómo está? —dijo.

—Como es —dije.

Asintió. Era la respuesta correcta y los dos lo sabíamos y ninguno de los dos necesitaba elaborarla.

Cayetano me mandó un mensaje a través del sistema de comunicación interna del Paraíso, que era un servicio que yo no había usado antes y cuya existencia conocía pero en cuya utilidad nunca había confiado del todo porque los sistemas de comunicación interna de las instituciones tienden a ser monitoreados con la misma atención con que se monitorea todo lo demás. El mensaje decía únicamente: *Terminé el poema.* Nada más. Ni el poema ni el tema ni ningún detalle adicional. Solo que existía. Que había encontrado la manera de volver al músculo atrofiado y había escrito algo que partía de una pregunta en lugar de una respuesta.

Le respondí: *Me alegra.*

Era verdad. Me alegraba con la alegría específica de las cosas que ocurren en el espacio mínimo, que no es la alegría grande de los logros históricos ni la alegría pública de las asambleas con aplausos coordinados sino algo más quieto y más persistente, la alegría de lo que sobrevive porque encontró la forma correcta de sobrevivir.

La periodista de la mano levantada la vi una vez más, en un pasillo del Sector de Comunicación donde yo no tenía ningún trámite pendiente pero por el que pasé por la razón sin razón de quien camina sin destino fijo en los días en que el sistema no genera demanda sobre uno. Seguía con la libreta. Seguía tomando notas. Le pregunté si seguía levantando la mano en La Mañanera Eterna. Me dijo que sí. Le pregunté para qué, ahora que ya sabía que no le concederían la palabra.

Me miró con la expresión de quien ha pensado mucho en esa pregunta y que tiene una respuesta que no es sencilla pero que es honesta.

—Porque la pregunta sigue siendo válida —dijo—. Y mientras sea válida merece estar en el espacio donde debería responderse, aunque no se responda. La mano levantada no es ya una petición. Es un registro. Es la evidencia de que la pregunta existió en el lugar correcto aunque el lugar correcto no quisiera recibirla.

Lo anoté en la libreta esa noche, junto a todo lo demás, en el espacio que quedaba entre las páginas que ya estaban llenas y las que todavía esperaban.

La libreta se estaba terminando.

Eso lo noté con la misma precisión con que uno nota el nivel del agua en un vaso: sin drama, como un dato. Quedaban pocas páginas. Las que quedaban las llenaría con lo que viniera, con la misma metodicidad con que había llenado las anteriores, y cuando se terminaran me quedaría con lo que había escrito y con el espacio mínimo y con la distinción entre hacer y ser que nadie podía ver desde afuera y que era todo lo que tenía y que era, también, suficiente para lo que el Paraíso podía quitarme.

Una mañana, antes de salir a la Coordinación, me puse la chamarra.

No como acto simbólico. No como capitulación ni como resistencia. Me la puse porque hacía frío en el pasillo, o lo que en el Paraíso equivale al frío, que es una temperatura que el sistema de climatización produce en ciertos ciclos sin explicación comunicada. Me la puse y salí y fui a la Coordinación y tomé listas y entregué reportes y comí frijoles en el comedor y regresé al módulo y la colgué en el gancho.

Al día siguiente me la puse de nuevo.

Y al siguiente.

El logotipo seguía en el pecho. El sistema seguía funcionando. Los indicadores seguían en verde con las flechas hacia arriba. Los altavoces seguían transmitiendo la voz con la cadencia de siempre. Las inauguraciones de fases del Tren de la Dignidad Perpetua seguían ocurriendo con la regularidad de lo que no tiene que llegar a ningún lado

para seguir siendo inaugurado. Las consultas populares seguían produciendo el noventa y siete punto tres con el ochenta y nueve por ciento de participación. Los Ilustres seguían firmando documentos en sus despachos reducidos. Abundio seguía iluminando el conocimiento republicano en los salones de primaria con bancas de madera. La niña del Centro de Bienestar seguía esperando que alguien le explicara por qué estaba ahí.

Yo seguía también.

Con la chamarra. Con la libreta. Con el número real que escribía antes del otro número. Con las preguntas que no hacía en voz alta pero que existían en el registro privado donde nadie podía clasificarlas ni archivarlas ni darles una vigencia de setenta y dos horas transcurridas las cuales perdían validez y había que tramitar otras.

Y con algo más, que era lo más difícil de sostener y lo más necesario de sostener y que yo había encontrado en el fondo de las escaleras y en la conversación con la figura de espaldas y en la chamarra que colgué y descolgué y volví a colgar:

La certeza de que el Paraíso era eterno pero yo no era solo el Paraíso.

Era también el hombre que lo había construido sin saberlo.

Era también el hombre que había bajado las escaleras.

Era también el hombre que había escrito el número real antes de borrarlo y que a veces no lo borraba.

Era también el hombre que guardaba en la libreta las preguntas que el sistema no podía responder y que seguían siendo válidas aunque no se respondieran, como la mano de la periodista en el espacio donde debería responderse lo que no se responde.

Todo eso era yo.

Y el Paraíso, con toda su arquitectura de eternidad y todos sus Sectores Inferiores y todos sus registros de clasificación y toda su claridad guinda sin sombras y sin variación, no podía quitarme ninguna de esas cosas sin quitarme lo que me quedaba de ser alguien, y quitarme lo que me quedaba de ser alguien era el único acto que estaba fuera de las especificaciones del diseño.

Porque el sistema necesitaba materiales.

Y los materiales, para construir, tienen que existir.

Y existir, aunque sea como material, aunque sea clasificado como inocuo, aunque sea en el espacio mínimo de una decisión sobre una chamarra o un número en una lista o una pregunta en una libreta que se termina, es siempre más que no existir.

Esa noche abrí la libreta en la última página.

Escribí con letra pequeña y firme, sin tachar, ocupando el espacio exacto que quedaba sin desperdiciar ningún margen:

Esto es lo que hicimos.

Cerré la libreta.

Los altavoces dijeron lo de siempre.

La voz dijo que todo iba bien.

Afuera la claridad guinda del Paraíso era pareja y sin sombras y sin variación, igual que el primer día, igual que todos los días, igual que todos los días que quedaban, que eran todos los días.

Y yo estaba en el módulo 7-C con la chamarra en el gancho y la libreta cerrada sobre el pecho y la grieta del techo que seguía siendo un río que seguía yendo a algún lado aunque ese lado no apareciera en ningún mapa oficial del Paraíso de la Cuarta Transformación.

Que no apareciera en el mapa no significaba que no existiera.

Eso también lo sabía ahora.

Era suficiente.

EPÍLOGO

Certificación oficial del testimonio

Oficina del Editor Celestial, Sector Administrativo Central, Paraíso Verdadero.

DIRECCIÓN GENERAL DE COMUNICACIÓN TRANSFORMADORA SUBDIRECCIÓN DE DOCUMENTACIÓN HISTÓRICA Y MEMORIA REPUBLICANA OFICINA DEL EDITOR CELESTIAL — CICLO VIGENTE

CERTIFICACIÓN OFICIAL DE TESTIMONIO TRANSFORMADOR Documento número: 7,441,209-T Clasificación: Uso interno / Difusión controlada / Versión para archivo público (modificada)

Por medio del presente, la Dirección General de Comunicación Transformadora, a través de la Subdirección de Documentación Histórica y Memoria Republicana y en ejercicio de las facultades que le confiere el artículo 14 bis del Reglamento Interior de Gestión de la Verdad Oficial del Paraíso de la Cuarta Transformación, edición vigente, con las modificaciones incorporadas en los ciclos 3, 7, 12 y 18 que el lector puede consultar en la Oficina de Información Pública del Sector 2 en horario de atención de martes a jueves de nueve a once, certifica lo siguiente:

El presente documento contiene el testimonio de Bonifacio Ordáz Enríquez, Coordinador de Verificación de Asistencia a Asambleas Voluntarias Obligatorias, Nivel 4, Servidor de la Nación con trayectoria reconocida de varios ciclos en el Paraíso Verdadero, recogido en el marco del Programa de Documentación de Experiencias Transformadoras que la Dirección General implementa de manera continua para preservar la memoria histórica del proceso y enriquecer el acervo testimonial que las generaciones futuras consultarán cuando deseen comprender la grandeza de lo que aquí se construyó.

El testimonio fue revisado, validado y sometido al proceso de depuración editorial que todo documento oficial requiere antes de ser incorporado al

acervo público, proceso que incluyó la revisión de contenido por parte del Consejo de Verdad Histórica, la verificación de consistencia narrativa por la Subdirección correspondiente, y la adecuación de aquellos pasajes que, por su formulación original, podían prestarse a interpretaciones no alineadas con el marco conceptual del proceso transformador o que contenían información de carácter reservado cuya divulgación no correspondía al propósito pedagógico del documento.

Las modificaciones realizadas fueron menores en forma y sustanciales en ningún aspecto de fondo. El testimonio que el lector tiene en sus manos refleja fielmente la experiencia del compañero Bonifacio Ordáz Enríquez en el Paraíso de la Cuarta Transformación.

La Dirección General agradece al compañero Bonifacio su disposición a compartir su experiencia con fines históricos y pedagógicos, y reconoce en su trayectoria el ejemplo del Servidor de la Nación que llegó al Paraíso con la convicción intacta, participó con entrega en todos los procesos disponibles, y encontró en la vida republicana celestial la confirmación de los valores que guiaron su militancia en vida.

El presente documento queda incorporado al Acervo de Testimonios Transformadores con la clasificación B, que corresponde a testimonios de militantes de trayectoria media-larga cuya experiencia resulta ilustrativa de la vida ordinaria en el Paraíso y cuyo valor pedagógico reside precisamente en su carácter representativo antes que excepcional.

Para solicitar copias del presente documento, el interesado debe presentar los siguientes documentos en el Módulo de Acceso a la Información del Sector 2:

- Identificación oficial vigente con fotografía, expedida por autoridad competente del Paraíso, con no más de tres ciclos de antigüedad a la fecha de la solicitud.
- Constancia de residencia en el Paraíso con no menos de dos ciclos de antigüedad, expedida por la Coordinación de Asignación Habitacional del sector correspondiente al domicilio del solicitante.
- Formulario de Solicitud de Acceso a Documentos Históricos, versión vigente, disponible en el Módulo de Acceso a la Información en horario de atención, que puede consultarse en el portal de transparencia del Sector 2, accesible desde los equipos de cómputo de uso público instalados en las bibliotecas comunitarias de todos los sectores en horario de operación.
- Comprobante de actualización ideológica del ciclo vigente, expedido por la Dirección General de Formación Continua y Depuración Cognitiva, con vigencia no vencida a la fecha de la solicitud. El comprobante de ciclos anteriores no es válido aunque el módulo de actualización hubiera sido el mismo.
- Carta de no antecedentes de disidencia, expedida por el Tribunal de la Verdad Histórica, Sector Judicial, en horario de atención que el solicitante puede consultar directamente en las instalaciones del Tribunal dado que

el horario publicado en el portal de transparencia no ha sido actualizado desde el ciclo 4 por razones de reestructuración del área responsable de su mantenimiento.

La Dirección General recuerda que las solicitudes de acceso a documentos históricos están sujetas a los tiempos de respuesta establecidos en el Reglamento de Transparencia del Paraíso, que son de entre cinco y quince ciclos hábiles dependiendo de la clasificación del documento solicitado, del volumen de solicitudes en proceso al momento de la recepción, y de la disponibilidad del sistema de gestión de solicitudes, que se encuentra en proceso de migración a una nueva plataforma desde el ciclo 9 y cuya fecha de conclusión está por determinarse.

La Dirección General no se responsabiliza por solicitudes incompletas, por documentos vencidos al momento de la entrega, ni por los tiempos adicionales que pudieran derivarse de inconsistencias entre los datos del solicitante y los registros del sistema, que en caso de discrepancia se resolverán conforme al procedimiento establecido en el artículo 22 del Reglamento antes citado, disponible en la Oficina de Información Pública del Sector 2 en el horario ya indicado.

Se extiende la presente certificación en el Paraíso de la Cuarta Transformación, en el ciclo vigente cuya numeración exacta puede consultarse en el portal de transparencia del Sector Administrativo Central.

ATENTAMENTE

El Editor Celestial Subdirección de Documentación Histórica y Memoria Republicana Dirección General de Comunicación Transformadora Paraíso de la Cuarta Transformación

Firma ilegible Sello con impresión parcial Folio: pendiente de asignación por migración de sistema

P.D.: El lector que haya llegado hasta este punto del documento y desee presentar observaciones sobre su contenido puede hacerlo mediante el formato de retroalimentación ciudadana disponible en el Módulo de Participación del Sector Cívico, con los documentos que el formato mismo especifica en su reverso, en horario de atención que el personal del módulo puede indicar al momento de la visita dado que el horario varía según el ciclo y no siempre coincide con el publicado.

P.D.2: Las observaciones recibidas son procesadas, clasificadas y archivadas en el Acervo de Retroalimentación Ciudadana del ciclo correspondiente. La Dirección General no garantiza respuesta individual a cada observación pero sí garantiza que todas son recibidas, que todas son archivadas, y que el archivo existe y está debidamente organizado y custodiado.

El archivo está en el Sector:

Fin